

CLÁSICOS ASALE ~ 3

Ángel Rosenblat

El castellano de
España y el castellano
de América

Unidad y diferenciación

Edición de
Francisco Javier Pérez



ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA
LENGUA ESPAÑOLA

Madrid
2018

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Comisión Permanente 2017-2018

D. Darío Villanueva
[Real Academia Española]
Presidente

D. Francisco Javier Pérez
[Academia Venezolana de la Lengua]
Secretario general

D^a. Aurora Egido
[Real Academia Española]
Tesorera

D. José Luis Vega
[Academia Puertorriqueña de la Lengua Española]
Vocal

D^a. Marlen Domínguez
[Academia Cubana de la Lengua]
Vocal

D^a. Victoria Espinosa
[Academia Chilena de la Lengua]
Vocal

Colección
Clásicos ASALE, 3

D. Francisco Javier Pérez
Coordinación

CLÁSICOS ASALE ~ 3

Ángel Rosenblat

El castellano de
España y el castellano
de América

Unidad y diferenciación

Edición de
Francisco Javier Pérez



ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA
LENGUA ESPAÑOLA

Madrid
2018

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA



Con la colaboración de la
Fundación José Manuel Lara

f)L Fundación José Manuel Lara

Primera edición: noviembre, 2018

© del texto: herederos de Ángel Rosenblat, 2018

© de la edición: Francisco Javier Pérez, 2018

Maquetación y diseño: milhojas. servicios editoriales

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito de la ASALE.

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-17453-12-1

Depósito legal: SE 1643-2018

Printed in Spain—Impreso en España

Índice

Prólogo 9

El castellano de España y el castellano de América.

Unidad y diferenciación	39
1. Visión del turista. El turista en Méjico	41
2. El turista en Caracas	47
3. El turista en Bogotá	49
4. El turista en Buenos Aires	51
5. El turista, de regreso en España	53
6. Visión del purista	58
7. El purismo lingüístico	63
8. Unidad y diversidad	66
9. Las regiones dialectales	68
10. El fonetismo	69
11. Diversidad léxica	72
12. El seseo	76

13. El voseo	77
14. El yeísmo	79
15. Nivelación hispanoamericana	80
16. Fueros del habla familiar	82
17. Unidad hispanoamericana	84
18. Unidad o fraccionamiento	86
19. Los amos de la lengua	92
20. La lengua, patrimonio común	95
21. Lengua y cultura	96

Prólogo

Francisco Javier Pérez

(Asociación de Academias de la Lengua Española,
Academia Venezolana de la Lengua)

Siempre me ha parecido una proeza el hecho de que, apenas unos pocos años después de su llegada a Venezuela, ocurrida en 1947, el profesor Ángel Rosenblat fuera reconocido como el más grande conocedor del español del país. El vago recuerdo de las hazañas descriptivas de Lisandro Alvarado, al que el propio Rosenblat reconoce como su antecesor más preclaro, con dificultad pueden sembrar alguna duda sobre quién ocuparía el primer lugar en el dominio del léxico criollo. Inclemente fustigador de todo lo que sonara a purismo lingüístico y a cualquier práctica que así lo pareciera, cuestionará por ello, y con mucha acritud, al santón académico venezolano Julio Calcaño, autor

del tratado *El castellano en Venezuela* (1897), propiándole crítica acerada e impía. Se le considera el padre de la filología moderna en Venezuela y uno de los nombres mayores de la ciencia del lenguaje en lengua española.

Con el apoyo del escritor Mariano Picón-Salas, quien lo rotula en asociación con el barón de Humboldt como «el explorador de las palabras»¹, Rosenblat fundará y dirigirá el Instituto de Filología «Andrés Bello» de la Universidad Central de Venezuela y desde allí ordenará su vasto proyecto de comprensión y divulgación del español de América, con justificado énfasis en el venezolano. Las líneas de trabajo que diseña serán: 1) la composición de un notable fichero léxico que se entendería base de su proyecto de elaborar un diccionario histórico del español del país y de muchas otras investigaciones parciales en las que estaba empeñado; y 2) el estudio del español popular y coloquial venezolano, que cristalizaría en una de sus obras maestras, *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, que paulatinamente va ofreciendo en

¹ Mariano Picón-Salas. «Prólogo» [a *Buenas y malas palabras*] [1956]. En *Biblioteca Ángel Rosenblat*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1987, tomo I [«Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras»], p. XIII.

entregas semanales para el diario *El Nacional* y que posteriormente conformarán su libro más citado.

Todo ello va sucediendo y desarrollándose al poco tiempo de haber regresado de la Argentina, su primera patria de adopción, después de la disolución del centro de estudios que Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Eleuterio Tiscornia habían consolidado para el estudio del español americano. Discípulo privilegiado del primero de estos maestros, el filólogo Amado Alonso, que se había propuesto replicar en Buenos Aires, al modo del Centro de Estudios Históricos que en Madrid dirigía el sabio Ramón Menéndez Pidal², uno similar y sobre principios y metas

² Rafael Lapesa ha relatado como sigue el origen y alcance de la institución argentina y la participación de la filología española en general y de Amado Alonso en particular: «Cuando la Universidad de Buenos Aires quiso poner en marcha un Instituto de Filología solicitó el envío de profesores españoles; se turnaron o coincidieron en los primeros años Américo Castro, catedrático de Historia de la Lengua Española, Agustín Millares, que lo era de Paleografía, y Manuel Montoliu, discreto gramático. Fruto de la labor de los dos primeros y del argentino Ángel J. Battistessa, fue la publicación del Pentateuco en una Biblia medieval romanceada en el siglo XIII y conservada en la Biblioteca de El Escorial. Apareció impreso en 1927 y lleva una presentación suscrita por Amado Alonso, primer director permanente del Instituto, propuesto para el cargo por don Ramón Menéndez Pidal. La labor de Amado fue espléndida: no obstante su juventud —31 años—, formó pronto una escuela, hija de la de Menéndez Pidal en Madrid, con especial atención a la lingüística hispanoamericana y también a la teoría del lenguaje. Discípulos brillantes de Amado Alonso fueron

bastantes acordes con el tantas veces celebrado instituto de investigación que funcionaba en España, en donde el propio Rosenblat se formaría mucho antes de cruzar el Atlántico y residenciarse en América para siempre. El despliegue de importantes estudios que Rosenblat exhibe como saldo argentino no puede sino causar admiración: «Sarmiento y Unamuno ante los problemas de la lengua» (1944), «Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua» (1960), «Origen e historia del *che* argentino» (1962), «De nuevo sobre el *che* rioplatense» (1974) y, los de mayor calado y complejidad, «Historia de un nombre: Argentina», publicado por entregas en *La Nación*, de Buenos Aires, el año 1940; y posteriormente, en 1949, con el título *Argentina. Historia de un nombre*; hasta alcanzar su forma definitiva, en 1964, con el título de: *El nombre de Argentina*.

Nacido en Polonia, en el pueblo de Wengrow, el año 1902, viajará a la edad de seis años con su familia a la Argentina, pasando su niñez y adolescencia en la ciudad de Neuquén, al este de la cordillera de los

Ángel Rosenblat, Marcos A. Morínigo, María Rosa Lida de Malkiel, Raimundo Lida, Frida Weber de Kurlat y Berta Elena Vidal de Battini, y lo es Ana María Barrenechea» (*El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos*. Barcelona, Crítica / Grijalbo Mondadori, 1996, p. 395).

Andes. Estudia Letras en la Universidad de Buenos Aires y el último año de su carrera conocerá a Amado Alonso, que había llegado desde España para fundar y dirigir el Instituto de Filología de esa casa de estudios y con quien cosechará una larga y fructífera relación académica. Al cumplir los 28 años regresará a Europa, por insinuación de Alonso, para completar su formación lingüística.

Los casi diez años en que se prolonga esta nueva etapa de su vida quedarán representados en las imágenes de las tres capitales europeas en que transcurren esos años. También, en consonancia con cada una de las ciudades en donde vive, serán tres las escuelas teóricas que Rosenblat asocia a esas ciudades como estandartes en la moderna ciencia del lenguaje: Berlín de 1930 a 1933, donde se vivían los postreros influjos neogramáticos, el nuevo humboldtianismo y el asentamiento de la románica moderna, disciplina esta última que estudia con Ernst Gamillscheg, en la Universidad de Berlín; Madrid de 1933 a 1937, para hacerse con los recursos de la moderna filología española y la dialectología científica, de la mano de Ramón Menéndez Pidal³ y su escuela

³ En una carta dirigida a Menéndez Pidal el 18 de noviembre de 1952, a raíz del fallecimiento de Amado Alonso, Rosenblat califica con gran afecto al maestro de Berlín como su «padre»

(colaborará estrechamente con Américo Castro en la revista *Tierra Firme*), en el Centro de Estudios Históricos (su nombre figura en la «Sección de Filología Española», en el organigrama manuscrito relativo al período 1932-1936, que elaborara Rafael Lapesa); y París de 1937 a 1939, para conocer el afianzamiento del estructuralismo y los primeros intentos culturalistas en sociología y antropología, siendo aquí Pierre Fouché y Paul Rivet, en los institutos de fonética y etnología, respectivamente, los que completarán la formación plural de un lingüista conquistado por el deseo de comprender cabalmente el complejo comportamiento de las lenguas.

A su regreso de Europa lo espera el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires en donde su primer y viejo maestro Alonso, junto con el también magistral ensayista y filólogo dominicano Henríquez Ureña, promoverán a Rosenblat, dentro de la ya sólida escuela que han ido conformando, como el más

científico y al maestro coruñés, en perfecta línea sucesoral, como su «abuelo» filológico: «La muerte de Amado Alonso ha sido para mí un golpe muy duro. Siempre lo he considerado a él mi padre, y a usted mi abuelo» (Esther Hernández. «Ángel Rosenblat y el español de América: Influencia de la *Escuela de Filología Española* en su obra y cartas a Menéndez Pidal». En *Revista de Indias*, Madrid, vol. LXVII, N° 239 [2007], p. 213; Documento 5).

brillante de sus discípulos⁴. Se ocupará fundamentalmente de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, uno de los saldos más notables de la escuela, para la que preparará sus *Notas de morfología dialectal* destinadas al segundo de sus títulos: *Estudios sobre el español de Nuevo México*, de Aurelio M. Espinosa; además de intervenir parcialmente en la hechura de otros de los volúmenes. Durante estos años, segunda etapa argentina de su carrera, iniciará tareas que más tarde tendrán múltiples ramificaciones y que estarán caracterizadas por un marcado acento multicultural, en donde lengua y cultura alcanzarán un diálogo de permanentes frutos. Son, casi en su totalidad, trabajos bibliográficos (para el *Handbook of Latin American Studies*, 1941 y 1942) y reseñas de libros (para la *Revista de Filología Española*, *Tierra Firme*, *Revista de*

⁴ María Rosa Lida le refiere a Yakov Malkiel, en carta del 27 de noviembre de 1947, que Alonso estaba satisfecho de los alumnos que tenía en Chicago, especialmente de un tal Kaplan (imprecisable al día de hoy). Celosa o no de los nuevos nombres alrededor del maestro, no deja de ser capital el comentario que hace para fijar la jerarquía del discipulado en la escuela alonsina: «Me costó no reírme porque, pensaba yo, ¿valía la pena cambiar de hemisferio para encontrarme allí un Kaplan, dejando aquí un Rosenblat, una Weber, unos Lida?» (María Rosa Lida y Yakov Malkiel. *Amor y filología. Correspondencias, 1943-1948*. Barcelona, Editorial Acantilado, 2007, p. 94. Edición y prefacio: Miranda Lida. Prólogo: Francisco Rico. Notas y comentarios: Juan Miguel Valero).

Filología Hispánica y otras prestigiosas publicaciones periódicas) que iban apareciendo en ese tiempo y que en cierta medida son hoy evidencia de los empeños formativos de Rosenblat y de su preocupación por estar al día con el curso de la investigación lingüística más actual. El año 1945 obtendrá su doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras.

Sobradas muestras sobre la orientación culturalista de la filología que ya Rosenblat practica pueden confirmarse tempranamente, además de en el cuerpo de reseñas escritas en la Argentina, en las tareas de edición y crítica a obras fundamentales de la literatura española e hispanoamericana. Esta labor lo ocuparía desde mucho antes y hasta mucho después de su ida y regreso de Europa, con títulos como *Reloj de Príncipes* y *Libro de Marco Aurelio*, de Antonio de Guevara; *Amadís de Gaula*, de Garci Rodríguez de Montalvo; *Comentarios Reales de los Incas*, del Inca Garcilaso de la Vega; *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, de Juan Montalvo; *Historia de los Incas y Viajes al Estrecho de Magallanes*, de Pedro Sarmiento de Gamboa; y *Cartas completas*, de Lope de Vega.

En 1946, Amado Alonso se marcha a los Estados Unidos atendiendo a una invitación de la Universidad de Harvard, después de que el gobierno del ge-

neral Perón lo despojara de su cátedra y lo relevara de sus funciones de investigación⁵. La partida de Alonso marcará el comienzo de la diáspora de todos los integrantes del Instituto de Filología y este hecho significará la mayor dispersión de inteligencias lingüísticas en la historia moderna de la América española. En su mayoría, allí donde fueran a parar los discípulos del maestro navarro, irían a multiplicar sus enseñanzas y hacer germinar una vez más los modelos de organización investigativa que se habían concebido y ensayado en Buenos Aires. Ese mismo año, la muerte de Henríquez Ureña aporta sentido a la fatal disolución de la escuela, que sin las nobles guiatras de estos maestros dejaría de funcionar. Alonso moriría, acosado por graves problemas de salud⁶, en 1952, cuando se encontraba en la plenitud de su carrera.

⁵ Entre otros argumentos, los antisemitas imperantes acusaban a Alonso de haber auspiciado un centro de estudios que congregaba a investigadores de origen judío.

⁶ La salud de Alonso se vería muy afectada en los Estados Unidos. Al respecto, Rosenblat le comenta a Menéndez Pidal, el 25 de enero de 1952, desde Caracas: «Amado Alonso ha estado de nuevo enfermo, con pulmonía. Es increíble la cantidad de males que se han lanzado contra él desde que llegó a los Estados Unidos. En Buenos Aires era para nosotros modelo de salud, del cuerpo y del alma. ¡Ojalá sobrepase esta temporada horrible!» (cf. Hernández, ob. cit., p. 212).

Unos años antes, vemos a Rosenblat en Caracas, ejerciendo como profesor de fonética y de gramática histórica en el Instituto Pedagógico de Caracas⁷ y, al poco, fundando un Instituto de Filología en la Universidad Central de Venezuela al modo y semejanza del que había conocido en Argentina. Portará el nombre del más grande estudioso del lenguaje nacido en suelo americano: el del venezolano Andrés Bello. Desde ese momento y durante los 37 años en que se prolonga la vida venezolana de Rosenblat, que moriría en Caracas el año 1984, a la edad de 82 años, Bello fue el más importante de sus modelos, al aportar sentido al pensamiento lingüístico del propio Rosenblat. Bellista como el propio Amado Alonso, Rosenblat se ocuparía de estudiar a Bello en, al menos, tres trabajos básicos de su bibliografía: «Las ideas ortográficas de Bello» (1951; prólogo al volumen V de la primera edición venezolana de las *Obras completas* de Andrés Bello), *El pensamiento gramatical de*

⁷ Siempre aferrado a la libertad y la justicia, Rosenblat terminó sus clases en esta institución «al negarse a votar una expulsión de más de treinta alumnos que exigía el Ministerio de la dictadura de entonces [la del general Marcos Pérez Jiménez]» (Luis Quiroga Torrealba, Mario Torrealba Lossi y Pedro Díaz Seijas [directores]. *Estudios filológicos y lingüísticos. Homenaje a Ángel Rosenblat en sus 70 años*. Caracas, Instituto Pedagógico, 1974, p. 11).

Bello (1961 y 1965) y *Andrés Bello a los cien años de su muerte* (1966).

Venezuela representará para Rosenblat el lugar de plenitud y consagración. Precedido por su prestigio, fundará el más importante centro de estudios lingüísticos del país, auspiciará un conjunto de investigaciones de otros autores que terminarán siendo sustantivas⁸, consolidará una nómina de discípulos (siguiendo el ejemplo de su maestro Alonso) que constituirán una de las generaciones más notables de científicos de la lengua en Venezuela y, por si todo lo anterior fuera poco, en el terreno personal, cerrará su propia obra de estudioso con un conjunto notable de trabajos que cimentarán uno de los cuerpos teóricos y fácticos más notables que se recuerden desde Hispanoamérica. En este sentido, logra compendiar un fichero léxico con más de 30.000 entradas, base de su proyecto de elaboración de un diccionario histórico del español venezolano que alimentaría muchos proyectos propios o del Instituto de Filología «Andrés

⁸ Serían los casos de *La lengua de Bolívar* (1961), de Martha Hildebrandt; de *La sociedad estamental de la Baja Edad Media española a la luz de la literatura de la época* (1966), de Luciana de Stefano, y de *Lenguaje coloquial venezolano* (1969), de Aura Gómez de Ivashevky, por mencionar solo tres que recibieron su bendición y que llegaron a buen puerto.

Bello»; siendo uno de ellos el *Diccionario de venezolanismos*, que se editará en su versión final en 1992. En torno a este proyecto, levantará un corpus de estudios analíticos sobre la realidad de Venezuela a través de su lengua: *Los venezolanismos de Martí* (1953); *La influencia indígena* (1955-1957); *El castellano de la radio y la televisión* (1958); *El habla de Caracas en los últimos treinta años, 1935-1965* (1967); y, entre otros, *El nombre de Venezuela* (1956), estudio homólogo al que había escrito para Argentina años atrás.

Su vida venezolana estará dedicada al estudio del habla y cultura del país como auténtico filólogo-historiador⁹, en ocasiones con visos de filósofo, sociólogo y antropólogo. Venezuela fecundará en cada uno de los escritos de Rosenblat y ella será la razón primera y última de su fertilísima tarea, que ya no podrá entenderse sin ella. Pedro Grases ha rotulado su contribución lingüística como: «Legado hacia un

⁹ Cf. Francisco Javier Pérez. «El filólogo venezolano Ángel Rosenblat. Su caracterización como lingüista-historiador». En *Revista de Filología* (Universidad de La Laguna), La Laguna-Tenerife, nº 21 (2003), pp. 253-266. Recogido luego en nuestro libro *Sordera, estruendo y sonido. Ensayos de lingüística venezolana* (Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2005), en el que se dedica su tercera parte a evaluar la significación de la obra de Rosenblat, conceptualizada en la situación historiográfica del sonido y la armonía en la lingüística venezolana.

horizonte que no tiene fin» y ha determinado el mérito de su obra por haber fijado «las leyes para una tarea entrañable hacia el futuro sobre la vida histórica y actual del idioma»¹⁰.

La lengua y cultura de Venezuela serán su objeto de estudio largamente venerado. Su notable tarea histórico-lingüística de recoger, compilar, describir y reflexionar sobre el léxico del país, construirá un cuerpo de estudios analíticos sobre la realidad venezolana a través de su lengua que no tiene comparación en nuestras aulas de reflexión venezolanista y que promoverán estudios originales y de primer orden tanto por su pertinencia como por su penetración. En este sentido, el conjunto de trabajos que le aportará a su carrera fama y gloria, así como solidez y perdurabilidad a sus creaciones, será el que publica como libro, con un título que le ha sugerido su amigo Picón-Sallas: *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, producto de su labor periodística durante dos años en artículos semanales para el diario *El Nacional*, con destino a una columna idénticamente titulada. Océano sobre la manera venezolana de entender la lengua,

¹⁰ Pedro Grases. «Ángel Rosenblat, maestro (1902-1984)». En *Obras*. Caracas / Barcelona / México, Editorial Seix Barral, 1989, vol. 18 [«Ensayos y reflexiones III»], p. 316.

retrata en sus páginas las distintas Venezuelas en un permanente intercambio de tradición y modernidad. Legos y estudiosos al unísono consideran esta obra, su título más editado, como la fuente moderna imprescindible para el conocimiento del léxico criollo¹¹.

Investigador sensible a la evaluación global de los fenómenos, el español americano y la lengua española general fueron permanente motivo de interés dentro de su vasta obra. Produjo, en este sentido, algunos ensayos que se consideran verdaderos clásicos de la especialidad: *Lengua y cultura de Hispanoamérica: Tendencias actuales*, 1949; *El castellano de España y el castellano de América: Unidad y diferenciación*, 1962; *Fetichismo de la letra*, 1963; *Las nuevas normas ortográ-*

¹¹ María Rosa Alonso ha logrado una valoración sobre el alcance y sentido de esta obra y de la condición de lexicólogo de su autor: «Partiendo de la palabra —ya Vossler dijo que no hay historia de la lengua sino de cada palabra—, Rosenblat la sigue en el texto y en la boca de la gente; ahonda en su historia y explica su pervivencia, si es un arcaísmo; su novedad, si es un neologismo; su valor expresivo en el cambio semántico; y si la existencia de la palabra es demasiado dialectal, aconseja o no su uso escrito, o bien la deja para el habla familiar, porque una cosa es el lenguaje literario y otra el habla de la casa o de la calle» («El español en Venezuela. La obra de Ángel Rosenblat». En *Residente en Venezuela* [1960]. San Cristóbal de La Laguna, Universidad de La Laguna / Instituto de Estudios Canarios, 2017, p. 158; 2ª edición. Prólogo: Elfidio Alonso. Estudio preliminar, edición y notas: Francisco Javier Pérez).

ficas y prosódicas de la Academia Española, 1965; *Contactos interlingüísticos en el mundo hispánico: El español y las lenguas indígenas de América*, 1967; *El criterio de corrección lingüística: Unidad o pluralidad de normas en el español de España y América*, 1967; *El debate andalucismo del español de América*, 1969; *Lengua literaria y lengua popular en América*, 1969; *Nuestra lengua en ambos mundos*, 1971; *Sentido mágico de la palabra*, 1977; *Los conquistadores y su lengua*, 1977; y, entre otros, uno de sus más creativos estudios: *La primera visión de América*, 1965.

Por si no fuera suficiente lo ya reseñado, Rosenblat se ocupó de la demografía colonial (*La población indígena y el mestizaje de América*, 1954; y *La población de América en 1492. Viejos y nuevos cálculos*, 1967), de las lenguas indígenas (*Los otomacos y taparitas de los llanos de Venezuela*, 1964), de la literatura caballeresca (escribió sobre esta materia, además de su trabajo sobre el *Amadís*, su notable libro *La lengua del Quijote*, que publica en 1971 y que escribe aprovechando un sabático que pasa en Madrid un año antes), de la problemática educativa (*La educación en Venezuela. Voz de alerta*, 1964) y de la Navidad (*Temas navideños*, 1973).

La enumeración de títulos, cargos y reconocimientos que el profesor Rosenblat obtuvo, ejerció y recibió

durante su vida, él que era un espíritu humilde y un estudioso distanciado de toda forma de vanidad académica («cenobita del Instituto de Filología», lo llama Picón-Salas¹²), permite hoy estimar cuánto hizo, cuánto se le apreció y cuán grande es la deuda que con él seguimos teniendo: doctor en Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, profesor del Instituto Pedagógico Nacional (Caracas), director del Instituto de Filología «Andrés Bello» de la Universidad Central de Venezuela, profesor de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, profesor invitado en la Universidad de Harvard, premio «Miles Shero-ver», miembro honorario del Colegio de Profesores de Venezuela, director invitado del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, primer presidente de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina (ALFAL), presidente del Comité Ejecutivo del Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas (PILEI), miembro de la Oficina Internacional de Información y Observación del Español (OFINES), miembro de honor del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas, miembro de honor de la Hispanic Society of America,

¹² Picón-Salas, ob. cit., p. XIII.

profesor invitado del Departamento de Lenguas Romanicas de la Universidad de Texas, profesor invitado del IV Instituto Lingüístico Latinoamericano en El Colegio de México, Orden «Francisco de Miranda» que otorga Venezuela, presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas, vicepresidente honorario del VI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, condecoración «José María Vargas» de la Universidad Central de Venezuela, doctor *honoris causa* de la Universidad Central de Venezuela, profesor honorario de la Universidad Simón Bolívar, miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras, distinción «Augusto Pi Suñer» del Instituto Pedagógico de Caracas, miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, miembro honorario del Instituto Caro y Cuervo, miembro honorario de la Academia Venezolana de la Lengua, Orden «Andrés Bello» que otorga Venezuela, profesor honorario de la Universidad de San Marcos, medalla de oro de la Oficina de Educación Iberoamericana, Orden 27 de Junio del Ministerio de Educación en Venezuela, doctor *honoris causa* de la Universidad de Salamanca, premio de la Fundación Nieto López de la Real Academia Española, doctor *honoris causa* de la Universidad Simón Bolívar y presidente de honor de

la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina.

La consideración que su autor y el público estudioso tuvieron y han tenido por el ensayo que hoy vuelve a publicarse, puede medirse por el número de veces en que ha sido editado y por la calidad de las publicaciones que lo acogieron, tanto en vida de su creador como después de su fallecimiento. En cierta forma, puede medirse gracias a ello su condición de clásico de la lingüística hispanoamericana y de estudio cúspide sobre la situación del español americano. La relación histórica sobre su bibliografía arroja el siguiente resultado: 1) Primera edición: Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1962; 2) En *Conferencias de extensión cultural dictadas al curso de Estado Mayor Aéreo n° 2 y Curso Táctico n° 4*, Caracas, Escuela Superior de la Fuerza Aérea, 1963; 3) Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1965; 4) Con el título: «El español de Hispanoamérica. Unidad y diversidad», en *Conferencia sobre la enseñanza de la lengua*, San Juan de Puerto Rico, 1965; 5) Montevideo, Editorial Alfa, 1968; 6) En *Le lingue del mondo*, Florencia, n° 5 (1968), Año XXXIII; 7) En *Cuadernos Taurus*, Madrid, n° 94 (1970; reeditado en 1973); 8) En Ángel Rosenblat. *Nuestra lengua en ambos mundos*.

Madrid, Editorial Salvat, 1971; 9) En Ángel Rosenblat. *Sentido mágico de la palabra*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977; 10) En *Biblioteca Ángel Rosenblat*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1990, tomo III [«Estudios sobre el español de América»]; 11) En Ángel Rosenblat. *El español de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2002.

Ocupando el número doce en este recuento, la Asociación de Academias de la Lengua Española presenta nuevamente hoy el importante estudio del maestro Rosenblat. Se impone resumir los valores conceptuales y formales que lo hicieron muy pronto imprescindible para comprender el estado de un campo de estudio que comenzaba a hacerse sobre criterios más científicos que pasionales, en torno a la singular situación de la lengua española que ya para ese entonces exhibía cifras tan deslumbrantes como las del presente, gracias a sus desarrollos cuantitativos y a su posicionamiento cultural dentro del panorama de las lenguas del mundo.

Quizá la primera nota sobre *El castellano de España y el castellano de América* deba ocuparse de señalarlo como una pieza que coloca algunas primeras piedras en relación con la concepción de una lingüística diferencial que sirva para comprender más cabalmente

que otras el sentido de una lengua que se ha hecho sobre la base de una unidad ganada por la situación de su siempre creciente diversidad. En cuenta de la potencia de esta característica y de este principio rector de la lengua, Rosenblat subtitulará su estudio con el doblete de términos, a ratos antinómicos y a ratos homonímicos: «Unidad y diferenciación».

Teniendo presentes estos conceptos como guías orientadoras en su viaje por el corazón de la lengua, el texto comenzará proponiendo tres visiones —tres itinerarios— para darle concreción a ese viaje tan significativo. Crea un triple método de abordaje lingüístico cuya efectividad sigue estando vigente y cuyos frutos descriptivos siguen siendo aprovechables. Entre otros méritos, va a hacer posible establecer niveles de apreciación e interpretación lingüística con resultados diferenciados en función de la impronta de cada una de las aproximaciones. Distingue entre la visión del turista, la visión del purista y la visión del filólogo.

El turismo lingüístico lo llevará, en clave de humor y verdad (muy propia de su manera de divulgación científica), a relatar las peripecias de un español que ha vivido mucho tiempo en los Estados Unidos y que decide pisar territorios hispanoamericanos. Su itinerario lo llevará a Ciudad de México, Caracas, Bogotá

y Buenos Aires, antes de regresar a España. Rosenblat explaya aquí su agudo saber diferencial sobre el léxico español y ensaya su penetrante dominio contrastivo de las hablas de nuestra lengua. Concluye que hay que desconfiar de la visión inocente del turista, pues aunque a veces su radar léxico le avisa sobre fenómenos de interés, la mayor parte de ellas «anda por el mundo con la boca abierta y solo ve u oye lo diferencial, lo extraño, lo insólito».

El purismo lingüístico, a diferencia del turismo, creará una visión de la lengua en donde lo único reseñable será la violación a la norma (en ocasiones, a una norma personal) y donde el cometido de la tarea será solo sancionar y reprender a los hablantes y afectar el libre tránsito del uso por los territorios generosos de la creación lingüística. Advertido sobre la pervivencia de esta especie de los siglos anteriores, Rosenblat se convertirá en uno de sus más comprometidos enemigos y así podemos encontrar evidencias de ello en este y en muchos otros de sus estudios, siendo uno de los más notables el que lee en la Academia Venezolana de la Lengua, en su recepción como Académico Honorario, en 1974, en donde traza el rumbo de la moderna investigación en español, subrayando el interés por la unidad de la lengua y no por su pureza: «El impera-

tivo categórico no parece hoy la pureza de la lengua sino la unidad».

La visión filológica completará el triángulo y a ella va a dedicar el resto del ensayo. Su punto de partida será el establecimiento del criterio rey para comprender los procesos más complejos y ciertos de la lengua española: su unidad y su diversidad. Este doblete ecuacional, con el que subtitula su ensayo, hace descansar la problemática en torno a un movimiento pendular que señala el proceder de la lengua y, al mismo tiempo, ofrece su imagen caracterizadora más indiscutible. Así, el español no podrá entenderse sino por la implicación entre lo que unifica y lo que distingue; y esta vía conduce irremisiblemente a la situación dialectal. Se hace eco de la propuesta de Henríquez Ureña, aceptada ayer en su trazado mayor y cuestionada, hoy, en sus trazos menores. He aquí el resumen de Rosenblat:

El gran maestro don Pedro Henríquez Ureña señalaba cinco regiones principales: 1. La antillana o del Caribe (Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, costa de Venezuela, costa atlántica de Colombia); 2. La mejicana (Méjico, América Central, Suroeste de los Estados Unidos); 3. La andina (Andes de Venezuela, meseta de Colombia, Ecuador, Perú,

Bolivia y Noroeste de la Argentina); 4. La chilena (Norte, Centro y Sur de Chile); 5. La rioplatense (Argentina, Uruguay, Paraguay). Se basaba en la proximidad geográfica, los lazos políticos y culturales y el substrato indígena.

La diferenciación producto de condiciones geográficas y socioculturales conducirá a Rosenblat a insistir en lo que aportan las tierras altas y las bajas del continente americano y que, grabadas en la lengua, explican la particularidad de algunos fenómenos. Su personal manera de escribir crea, aquí, una manera humorística y didáctica de gran alcance: «Yo las distingo, de manera caricaturesca, por el régimen alimenticio: las tierras altas se comen las vocales, las tierras bajas se comen las consonantes». Las diferencias en el fonetismo, sin embargo, nunca impedirán que se establezca la comunicación entre hablantes de las distintas regiones del español, pues, más allá de rasgos de entonación y de ritmo no compartidos, el resto pertenece al fondo común de la lengua compartido por todos:

Las diferencias llegan a su carácter extremo en ciertas regiones y en ciertas capas sociales. Se borran o se suavizan en los sectores cultos, que mantienen en general la integridad del vocalismo y aun del consonantismo. Si esas

diferencias dan su carácter al habla regional, no afectan a la unidad del castellano general de América. El hablante de cualquier región hispánica que se desplaza por las otras regiones se siente en un primer momento desconcertado ante una serie de rasgos fonéticos diferenciales del habla popular, entre ellos la entonación y el *tempo*, y hasta dice: «No entiendo nada». Unos días de acomodación le demuestran que lo entiende todo.

Con mucho acierto señalará que el léxico es el que aportará las mayores cuotas de diferenciación dentro del español, siendo la diferenciación léxica la que marque la imagen de cada región lingüística. Los sustratos indígenas o de cualquier naturaleza sumados a la implantación del español como lengua dominante gestarán un español diferenciado y con grandes posibilidades expresivas. Valiéndose de la teoría humboldtiana de la «forma interior del lenguaje» (*Innere Sprachform*), a la que también había recurrido Amado Alonso en un notable estudio para entender la naturaleza propia de las voces de América: «Americanismos en la forma interior del lenguaje», Rosenblat arribará a una conclusión de peso teórico: «El léxico de cada región constituye un sistema coherente o cohesivo de afinidades y oposiciones, distinto del de otras regiones».

Con estos pertrechos teóricos, procederá a repasar las particularidades que el seseo, el voseo y el yeísmo tienen en el español americano. En su camino, irá espigando no pocos y sabios fundamentos para explicar la naturaleza misma de todo el idioma, pues no olvidemos que el objetivo de este ensayo no es otro que llamar a la unidad repasando las diferencias. Axioma capital, a estos fines, el que establece con la solidez de su estilo sapiencial; tan propio de la más duradera filología:

Siempre nos encontramos con el mismo hecho fundamental: todo lo que se da como elemento fraccionador del castellano en América lo es también del español de la Península. No hay un solo rasgo importante del español de América que no tenga su origen en España, que no sea prolongación de tendencias reales o virtuales del español peninsular. El estudio de las hablas peninsulares revela a cada paso que muchos de los argentinismos o mejicanismos que parecen más típicos, son viejas palabras o provincialismos españoles.

Todo conduce, como si de un inmenso delta se tratara, hacia ese océano inconmensurable que supone la nivelación hispanoamericana. Entendida como el proceso de aclimatación que sufrió el primer español

que se escuchó en América y cualquier otro proceso similar posterior, la nivelación va ofreciendo acuerdos unitarios en una geografía cuya vastedad atenta siempre contra ese principio rector de nuestra lengua. Se trata de un recurso promovido por la lengua misma para controlar su destino diferenciador. Rosenblat establecerá que «la diversidad [...] es el sino de la lengua». El genoma lingüístico de la unidad controlará toda tendencia al quiebre y hará que siempre se dosifiquen y equilibren los factores de cambio, cuando son producto de modas pasajeras o de caprichosos empeños ideolectales. La conclusión, en donde adelanta que unidad no es sinónimo de identidad, no puede ser más definitiva:

Si no hablan igual dos aldeas españolas situadas en las riberas opuestas de un río o en las dos vertientes de la misma montaña, ¿cómo podrían hablar igual veinte países separados por la inmensidad de sus cordilleras, ríos, selvas y desiertos? La diversidad regional es inevitable y no afecta a la unidad si se mantiene, como hasta ahora, la mutua comprensión. En cuatro siglos y medio de vida, el español hispanoamericano tiene, desde el Río Grande hasta Tierra del Fuego, una portentosa unidad, mayor que la que hay desde el norte al sur de la Península Ibérica. Esta unidad

está dada, mucho más que por los rasgos peculiares del español hispanoamericano (seseo, pérdida de la persona *vosotros*, etcétera), por lo que el habla de Hispanoamérica tiene de común con el castellano general: la unidad (unidad, no identidad) del sistema fonemático, morfológico y sintáctico. Es decir, el vocalismo y el consonantismo, el funcionamiento del género y del número, las desinencias personales, temporales y modales del verbo, el sistema pronominal y adverbial, los moldes oracionales, el sistema preposicional, etc. Y aun el fondo constitutivo del léxico: las designaciones de parentesco, los nombres de las partes del cuerpo o de los animales y objetos más comunes, las fórmulas de la vida social, los numerales, etc. Al pan lo seguimos llamando pan, y al vino, vino. Por encima de ese fondo común, las divergencias son sólo pequeñas ondas en la superficie de un océano inmenso.

Los apartados finales del ensayo refuerzan lo ya planteado y, en clave de anticipación, parecen adelantarse a la idea sobre el panhispanismo lingüístico como modelo descriptivo, definidor y divulgador de la esencia y vocación del español. Lengua panhispánica tanto ayer como hoy, sus verdaderos valores son aquellos que la asumen lengua de todos y no de unos pocos, lengua plural y no particular, lengua interna-

cional y no nacional, lengua libertaria y no hegemónica, lengua pluridialectal y ajena a cualquier forma de monocentrismo, lengua universal y nunca una lengua hija de localismos, terruños y parcialidades, en suma, una lengua de aperturas y jamás de restricciones de ninguna naturaleza. Contra toda especie que pretenda fracturar lo que el español tiene de globalidad panlingüística, dirá: «Me parece que el ideal general es la universalidad hispánica».

Si bien no expresado así en cada uno de los casos, todos estos principios e intenciones están presentes en la idea que Rosenblat tiene de lo que debe ser la lengua española hoy (ayer). Su pensamiento ha sido producto de un desempeño filológico preeminente. La comprensión de la lengua contará para él con las hablas campesina, popular y familiar pues, tanto en América como en España, «tienen su dignidad en sí mismas, su propia razón de ser». Rosenblat las ha defendido del purismo que tanto y tantas veces las ha maltratado. Sin embargo, será la lengua culta la que lo encamine hacia su idea de unidad y nivelación que quiere proponer para la lengua española. También, será el asidero mayor con el que cuente el panhispanismo entendido como el resultado de acuerdos múltiples que desembocan en maneras

aceptadas y aceptables para todos: «Y esa universalidad —vuelvo a insistir— no puede basarse en el habla popular y familiar, diferenciada por naturaleza, sino en la lengua culta, que se eleva por encima de todas las variedades locales, regionales o sociales y el denominador común de todos los hablantes de origen español».

Quisiera terminar esta presentación recordando las palabras con las que Eugenio Coseriu despidió a Amado Alonso, y que suponen la más afortunada valoración sobre su obra y la prueba más clara de la unión espiritual que existió entre estos sabios portentosos. Las palabras dichas para Alonso como si hubieran sido dichas para el propio Rosenblat, vienen a confirmar la cercanía científica y mental de estos grandes hombres de la lingüística española e hispanoamericana del siglo XX y a indicarnos el mejor camino para acercarnos hoy a la más exacta comprensión de nuestra lengua: «Conmemorar no significa, para nosotros, volver simplemente a recordar una serie de datos bio-bibliográficos más o menos conocidos y no significa tampoco subrayar únicamente la excelencia de una obra individual, ya en sí misma notable, tanto por su valor intrínseco como por su multilateralidad, sino que equivale a señalar, delimitar y tratar de valo-

rar un momento esencial en la historia de los estudios hispánicos y de la lingüística en América»¹³.

Estoy seguro de que el ensayo que hoy editamos arrojará luz sobre el momento cúspide de la lingüística de nuestra lengua, del que resulta su mejor reflejo. Asimismo, hará posible determinar el lugar que ocupa su autor en el trayecto de una lingüística menos formalista y más humana y de una filología social ajena a cualquier forma de álgebra teórica, vacía y carente de sentido. Supone, en definitiva, la exploración múltiple de los fenómenos y la plural indagación sobre sus alcances. Sin duda, los indiscutibles valores de la lingüística más perdurable.

¹³ Eugenio Coseriu. *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*. Madrid, Editorial Gredos, 1977.

*El castellano de España
y el castellano de América*
Unidad y diferenciación

ÁNGEL ROSENBLAT

Ha dicho Bernard Shaw que Inglaterra y los Estados Unidos están separados por la lengua común. Yo no sé si puede afirmarse lo mismo de España e Hispanoamérica. Pero de todos modos sí es evidente que el manejo de la lengua común no está exento de conflictos, equívocos y hasta de incompreensión, no sólo entre España e Hispanoamérica, sino entre los mismos países hispanoamericanos.

Los conflictos y equívocos surgen también apenas se plantea el carácter del español hispanoamericano. Porque alternan o se entremezclan a cada paso tres visiones de carácter distinto: la visión del turista, la visión del purista y la visión del filólogo.

1. Visión del turista. El turista en Méjico

Detengámonos en la visión del turista. Un español, que ha pasado muchos años en los Estados Unidos

lidiando infructuosamente con el inglés, decide irse a Méjico, porque allá se habla español, que es, como todo el mundo sabe, lo cómodo y lo natural. En seguida se lleva sus sorpresas. En el desayuno le ofrecen *bolillos*. ¿Será una especialidad mejicana? Son humildes panecillos, que no hay que confundir con las *teleras*, y aun debe uno saber que en Guadalajara los llaman *virotes* y en Veracruz *cojinillos*. Al salir a la calle tiene que decidir si toma un *camión* (el *camión* es el ómnibus, la *guagua* de Puerto Rico y Cuba), o si llama a un *ruletero* (es el taxista, que en verdad suele dar más vueltas que una ruleta). A no ser que le ofrezcan amistosamente un *aventoncito* (un empujoncito), que es una manera cordial de acercarlo al punto de destino (una *colita* en Venezuela, un *pon* en Puerto Rico). Si quiere limpiarse los zapatos debe recurrir a un *bolero*, que se los va a *bolear* en un santiamén. Llama por teléfono, y apenas descuelga el auricular oye: «¡Bueno!», lo cual le parece una aprobación algo prematura. Pasea por la ciudad, y le llaman la atención letreros diversos: «Se renta», por todas partes (le recuerda el inglés *to rent*, y comprende que son locales o casas que se alquilan); «Ventas al mayoreo y menudeo» (lo de *mayoreo* lo entiende, pero le resulta extraño), «Ricas botanas todos los días» (lo que en España llaman *tapas*, en la Argen-

tina *ingredientes* y en Venezuela *pasapalos*). Ve establecimientos llamados *loncherías*, *tlapalerías* (especie de ferreterías), *misceláneas* (pequeñas tiendas o quin-
calle-*erías*) y atractivas *rosticerías* (conocía las *rotiserías*
del francés, pero no las *rosticerías*, del italiano). Y un
cartel muy enigmático: «Prohibido a los materialistas
estacionar en lo absoluto» (los *materialistas*, a los que
se prohíbe de manera absoluta estacionar allí, son en
ese caso los camiones, o sus conductores, que acarrear
materiales de construcción). Lo invitan a ver el *Zócalo*,
y se encuentra inesperadamente con una plaza, que es
una de las más imponentes del mundo. Pregunta por
un amigo, y le dicen: «Le va muy mal. Se ha llenado
de drogas». Las *drogas* son las deudas y, efectivamente,
ayudan a vivir, siempre que no se abuse. Le dice al
chofer que lo lleve al hotel, y le sorprende la respuesta:

—Luego, señor.

—¡Cómo luego! Ahora mismo.

—Sí, luego, luego.

Está a punto de estallar, pero le han recomendado
prudencia. Después comprenderá que *luego* significa
«al instante». Le han ponderado la exquisita cortesía
mejicana y tiene ocasión de comprobarlo:

—¿Le gusta la paella?

—¡Claro que sí! La duda ofende.

—Pos si no tiene inconveniente, comemos una en la casa de usted.

No podía tener inconveniente, pero le sorprendía que los demás se convidaran tan sueltos de cuerpo. Encargó en su hotel una soberbia paella, y se sentó a esperar. Pero en vano, porque también los amigos lo esperaban a él, *en la casa de usted*, que era la de ellos. La gente lo despedía: «Nos estamos viendo», lo cual le parecía una afirmación obvia, pero querían decirle: «Nos volveremos a ver». Va a visitar a una persona, para la que lleva una carta, y le dicen: «Hoy se levanta hasta las once». Es decir, no se levanta hasta las once. Aspira a entrar en el Museo a las nueve de la mañana, y el guardián le cierra el paso, inflexible: «Se abre hasta las diez» (de cómo en la vida se puede prescindir del anti-pático *no*). Oye con sorpresa: «Me gusta el chabacano» (el *chabacano*, aunque no lo parezca, es el albaricoque). Abre un periódico y encuentra títulos a tres y cuatro columnas que lo dejan atónito: «Sediciente actuario que comete un atraco» (el *actuario* es un funcionario público), «Para embargar a una señora actuó como un gori-loide» (como un bruto), «Devolverán a la niña Patricia.

Parecen estar de acuerdo los padres y los plagiarios» (los *plagiarios* son los secuestradores), «Boquetearon un comercio y se llevaron 10.000 pesillos» (*boquetear* es abrir un boquete), «Después de balaceados los llevaron presos» (la *balacera* es el tiroteo), «Se ha establecido que entre los occisos existía amasiato» (es decir, concubinato). Pero el colmo, y además una afrenta a su sentimiento nacional, le pareció el siguiente: «Diez mil litros de pulque decomisados a unos toreros». El *toreo* es la destilería clandestina o la venta clandestina, y *torero*, como es natural, el que vive del *toreo*.

Nuestro español se veía en unos apuros tremendos para pronunciar los nombres mejicanos: Netzahualcóyotl, Popocatépetl, Iztaccíhuatl, Tlaine pantla y muchos más, que le parecían trabalenguas. Y sobre todo tuvo conflictos mortales con la *x*. Se burlaron de él cuando pronunció Méksico, respetando la escritura, y aprendió la lección:

—El domingo pienso ir a Jochimilco.

—No, señor, a Sochimilco.

Se desconcertó de nuevo, y como quería ver la tan ponderada representación del *Edipo Rey*, le dijo al *ru- letero*:

—Al Teatro Sola.

—¿Qué no será Shola?

¡Al diablo con la *x*! Tiene que ir a Necaxa, donde hay una presa de agua y, ya desconfiado, dice:

—A Necaja, Necasa o Necasha, como quiera que ustedes digan.

—¿Qué no será a Necaxa, señor?

¡Oh sí, la *x* también se pronuncia *x*! No pudo soportar más y decidió marcharse. Los amigos le dieron una comida de despedida, y sentaron a su lado, como homenaje, a la más agraciada de las jóvenes. Quiso hacerse simpático y le dijo, con sana intención:

—Señorita, tiene usted cara de vasca.

¡Mejor se hubiera callado! Ella se puso de pie y se marchó ofendida. La *basca* es el vómito (claro que a él *le daban bascas*), y *tener cara de vasca* es lo peor que le puede suceder a una mujer, y hasta a un hombre.

Nuestro español ya no se atrevía a abrir la boca, y eso que no le pasó lo que según cuentan sucede a todo turista que llega a tierra mejicana. Que le advierten

en seguida: «Abusado, joven, no deje los velices en la banqueta, porque se los vuelan» (*abusado*, sin duda un cruce entre *avisado* y *aguzado*, equivalente a ¡ojo!, ¡cuidado!; los *velices* son las maletas; la *banqueta* es la acera, y *se los vuelan*, bien se adivina). Nuestro español lió los petates y buscó refugio en mi tierra venezolana.

2. *El turista en Caracas*

Aquí comienza el segundo acto de su drama. Ya en el aeropuerto de Maiquetía, le dice un chofer:

—Musiú, por seis cachetes le piso la chancleta y lo pongo en Caracas (*musiú* es todo extranjero, aunque no precisamente el de lengua española, y su femenino es *musiúa*; los *cachetes*, que también se llaman *carones*, *lajas*, *tostones*, *ojos de buey* o *duraznos*, son los *fuertes* o monedas de plata de cinco bolívares; la *chancleta*, o *chola*, es el acelerador).

El chofer que lo conduce exclama de pronto: «Se me reventó una tripa». El automóvil empieza a trastabillar, y por fin se detiene. Pero no es tan grave: la *tripa* reventada es la goma o el neumático del *carro*, y tiene fácil arreglo. El chofer, complacido y campechano, lo

tutea en seguida y lo invita a *pegarse unos palos*, que es tomarse unos tragos, para lo cual *se come una flecha*, es decir, entra en una calle contra la dirección prescrita.

Nuestro turista llega finalmente a Caracas, y comienzan sus nuevas desazones, con los nombres de las frutas (*cambures, patillas, lechosas, riñones*), de las comidas (*caraoatas, arepas, ñame, auyama, mapuey*), de las monedas (*puyas o centavos, lochas o cuartillos, mediecitos, reales*). Oye que una señora le dice a su criada:

—Cójame ese flux, póngalo en ese coroto y guíndelo en el escaparate (el *flux* es el traje; un *coroto* es cualquier objeto, en este caso una percha; *guindar* es colgar y el *escaparate* es el guardarropa o ropero).

A nuestro amigo español lo invitan a comer y se presenta a la una de la tarde, con gran sorpresa de los anfitriones, que lo esperan a las ocho de la noche (en Venezuela la *comida* es la cena). Le dice a una muchacha: «Es usted muy mona», y se lo toma a mal. *Mona* es la presumida, afectada, melindrosa. Escucha, y a cada rato se sorprende: «Está cayendo un palo de agua», «Fulano de tal pronunció un palo de discurso», «Mengano escribió un palo de libro», «Zutano es un palo de hombre». Y el colmo, como elogio supremo:

«¡Qué palo de hombre es esa mujer!». Pero lo que le sacó de quicio fue que alguien, que ni siquiera era muy amigo suyo, se le acercara y le dijera con voz suave e insinuante:

—Le exijo que me preste cien bolívares.

—Si me lo exige usted —exclamó colérico—, no le presto ni una perra chica. Si me lo ruega, lo pensaré.

No hay que ponerse *bravo*. El *exigir* venezolano equivale a rogar encarecidamente (el *pedir* se considera propio de mendigos, y la *exigencia* es un ruego cortés). Además, le exasperaron las *galletas*, más propiamente las *galletas del tráfico* (los *tapones* de Puerto Rico), las prolongadas y odiosas congestiones de vehículos (el *engalletamiento* caraqueño puede alcanzar proporciones pavorosas). Y como le dijeron que en Colombia se hablaba el mejor castellano de América, y hasta del mundo, allá se dirigió de cabeza.

3. *El turista en Bogotá*

Por las calles de Bogotá le sorprenden en seguida los *gamines* o *chinos*, los pobres niños desarrapados. Y la profusión de *parqueaderos*, donde *parquean* los *carros*,

es decir, estacionan los automóviles, y las *salsamentarías*, mezcla de salchicherías y reposterías, indudablemente de origen italiano. Le ofrecen unos *bocadillos*, y se encuentra con unos dulces secos de guayaba. Llamaban *monas* a las mujeres rubias, aunque sean más feas que tropezón en noche oscura. Pide un *tinto* y le dan, no el esperado vaso de vino, sino un café negro: «¿Le provoca un tinto?». O bien le ofrecen un *perico*, que es un pequeño café con leche (el *marroncito* de Venezuela, el *cortado* de Madrid). Quiere entrar en una oficina y golpea discretamente con los nudillos. Le contestan enérgicamente:

—¡Siga!

Se marcha muy amoscado, pero salen diligentemente a su encuentro. *Siga* significa «pase adelante». Un alto personaje se excusa de no atenderle debidamente: «Estoy muy embolatado con el trabajo» (enredado, hecho un lío). Para limpiarse los zapatos tiene que recurrir, no a un *bolero* como en Méjico, sino a un *embolador*, que se los *embola* por cincuenta centavos. La gente dice a cada paso con la más absoluta inocencia: «Fulano, o Fulana, no me pone bolas» (es decir, no me presta atención). Y oye un continuo revolotear de *alas*: «¡Ala,

cómo estás?», «¡Ala, pero vos sos bobo!», «¡Ala, esa chica es bestial!» (*bestial* quiere decir atractiva o magnífica), «¡Ala, pero qué vieja tan chusca!» (la *vieja* tan *chusca* es una niña de unos quince años, bien graciosa), «¡Ala, pero qué chisga!» (la *chisga* es la ganga), «¡Alita, pero fijáte y verés!» (son las formas del voseo bogotano). Una persona envía a otra *saludes*. Y dos amigas se despiden: «¡Que me pienses!», «¡Piénsame!». Habla de un niño y explica: «Era así de alto» (pone la mano horizontal a la altura del pecho). Pero no les gusta, porque de ese modo se habla generalmente de un animal. Para especificar la altura de una persona lo corriente en Bogotá es extender la palma de la mano en posición vertical, pero de canto. En Méjico creo que se llega en este terreno aún a mayor sutileza.

4. *El turista en Buenos Aires*

No tiene suerte en Bogotá, a pesar de que la gente es servicial, y perdido por perdido decide irse a Buenos Aires, donde es fama universal que se habla el peor castellano del mundo. Efectivamente, le asombró tanto *che*, tanto *chau*, tanto *vos*, tanto *tarado*, tanto *avivato*, tanto *atorrante*, tanta *macana*. Pero después de su dura experiencia no le pareció peor ni mejor

castellano que el de otras partes. El habla de Buenos Aires suele provocar la estupefacción de los turistas. Un periódico recoge el siguiente relato, que está enteramente dentro de la visión del turista:

Ayer, justamente, hablando con un señor extranjero recién llegado al país, nos decía que, a pesar de poseer correctamente el castellano, le resultaba casi imposible andar por nuestras calles sin utilizar los servicios de un intérprete. Ya al bajar del vapor se le había presentado el primer inconveniente idiomático. Al preguntar cómo podía trasladarse a la casa de un amigo, al cual venía recomendado, un muchacho le respondió:

—Cache el bondi (es decir, coja el tranvía, del italiano *cacciare* y el brasileño *bondi*) —y le dijo un número.

Poco después sorprendió esta conversación entre algunos jóvenes, al parecer estudiantes, por los libros de texto que llevaban bajo el brazo:

—Che, ¿sabés que me bochó en franchute el cusifai? (=me suspendió en francés el tipo ese)

—¿Y no le tiraste la bronca?

—Pa' qué... Me hice el otario... En cambio me pelé un diez macanudo...

—¿En qué?

—En casteyano...

Las aventuras de su español le enseñaron a nuestro turista la discreta virtud del silencio. En Buenos Aires aprendió a *agarrar* el tranvía, como en Venezuela a *botar* la colilla y en Méjico a pedir *blanquillos*. En Buenos Aires un amigo le dio una extensa lista de palabras que no se pueden pronunciar en buena sociedad o en presencia de damas. Ya en Venezuela le habían aconsejado no preguntar a nadie por *su madre* (hay que preguntar por *su mamá*, hasta a un anciano). En los colegios ni siquiera se puede mencionar la isla de Sumatra, porque los alumnos contestan automáticamente: «¡La sutra!».

5. *El turista, de regreso en España*

Debo advertir que nuestro turista no ha hecho turismo por España. Porque si hubiera recorrido las distintas regiones de la Península hubiera encontrado parecidos motivos de asombro. Contaba Unamuno que una persona había visto, en una población de Andalucía, el siguiente letrero: «K PAN K LA». No podía entenderlo, pero era muy sencillo: *capancalá*, cal para encalar. Me cuentan otros dos episodios. Una señora de Málaga, muy fina, da a sus amigas de Madrid la receta de una tarta: «Tanto de leche, tanto de huevos, tanto de azú-

car... y harina, la carmita». Al día siguiente la llaman por teléfono: «Harina la Carmita no se encuentra en los ultramarinos». ¡Qué se iba a encontrar! La *carmita* es «la que admita». Y durante la última guerra, en Antequera, entraban los parroquianos en una tienda de comestibles y preguntaban esperanzados: «¿Hay café?». El dependiente contestaba, con su acento andaluz: «No, sebá tostá». Si se iba a tostar, valía la pena quedarse, y así se formó una larga cola. Al llegar al mostrador reclamaba cada uno: «¡Pero esto no es café!» Y él, sin apearse de su acento, contestaba imperturbable: «Ya se lo dije a usted: sebá tostá». Les daba efectivamente *cebá tostá*, es decir, cebada tostada.

El turista español que recorre Hispanoamérica no sabe por lo común que la chulería madrileña tiene tradicionalmente su habla especial, bien pintoresca, que a veces ha servido de deleite al público de los teatros. En el último tiempo las hablas especiales de ese tipo han rebasado sus viejas fronteras. La nueva juventud, frecuentemente rebelde, con o sin causa, aspira también a tener su propia habla, acuñada en los colegios, cafés y tabernas. ¿No llama *el fósil* al padre? Un cronista de nuevas escenas matritenses —estamos siempre dentro de la visión turística— recoge, en la terraza de un café elegante, diálogos como los siguientes:

- ¿Quemasteis mucho caucho?
—Coronamos Perdices a ciento veinte.
—¡Huy, qué piratas!

Hablaban de sus hazañas automovilísticas. Se acerca el camarero, y le piden:

- Sorpréndame con un vidrio.
—Castígueme la Pepsi con yin.
—Insístame en oro líquido con burbujas.

Lo cual debe ser un whisky con gaseosa o soda. La niña pide un cigarrillo; y en seguida, que se lo enciendan:

- Ponme fumando.
—Incinérame el cilindrín.

Luego un intercambio de piropos:

- Estás canuto con ese traje marengo.
—Estás maizal, Chami.

Después de lo cual se marchan a *tumbar la aguja* (del velocímetro, naturalmente). ¿Puede uno asombrarse entonces de que los *cocacolos* y las *colcanitas* de

Bogotá o los *pavitos* de Caracas tengan su jerga especial, o que haya un argot del tango y de los sainetes criollos? Y en cuanto a tabú verbal, los franceses, tan aristocráticos en el manejo de su lengua, aunque también más desenfadados que nosotros en cierto sentido, ¿no han «convertido en fango» palabras tan limpias como *fille* o *baiser*? No creo que la pudibundez hispanoamericana haya llegado nunca a tales extremos.

Además, si el turista, después de los años de dura prueba pasados en América, regresa esperanzado a España, se encuentra también con una serie de desencantos. Ni siquiera su lengua española es igual que la que él dejó. La gente come, sin reparos, *hamburguesas* y *perritos calientes* (¿qué horror!), y *aparca* sus coches. Los muchachos tienen su *romance* o su *ligue* («Inesita tiene un ligue»), y se parecen por los *posters* y las películas de *suspense*. La radio, la televisión, el periódico, lo exasperan a cada rato. Las señoras sueltan unas expresiones que antes ruborizaban a los cocheros. ¿No está la lengua en grave peligro? A cada paso se encuentra con expresiones que no conocía, o que antes tenían un ámbito más bajo o más limitado. «Esto no pita», se dice de lo que no marcha bien o no sirve. «Se armó un folklore», quiere decir que hubo un alboroto o un cisco. «¡Es de miedo!» o «¡Es de pánico!» se dice de una

mujer que impresiona por su belleza (o de cualquier cosa admirable), o bien «¡Está como un tren!». El *rollo* ha sustituido en gran parte a la *lata*: «Soltó un rollo espantoso», «¡Menudo rollo me colocó!» (el *rollista* está ocupando el lugar del *pelmazo*). O bien: «¡Vaya reóforo!». «Fulano me cae gordo», se dice del antipático. «¡Vaya paquete!» o «¡Menudo paquete!» se exclama ante un encargo fastidioso. «Ahora nos traen la dolorosa, ¡y a retratarse!», dice alguien en la mesa del restaurante (la *dolorosa* es la cuenta, y *retratarse* es pagar). «Fulano les da sopas con honda», quiere decir que supera con mucho a los demás (en unas oposiciones o en cualquier competencia). La presunción ha adquirido rica terminología: «Fulanita farda un quilo», «Eres un fardón», «¡Qué fardón estás!», «¡Menudo fardel!». Y ha surgido un *okey* vernáculo, que se repite hasta la saciedad: ¡Vale! Y el *chaquetear*, el *incordiar* y el *chequear*. Y la profusión de *estraperlos*, *gamberros*, *guateques*, *haigas*, *hinchas* o *forofos*, *niñas Popoff*, *topolinos* (*una topolino*), *machos* o *machotes* y *maromos*. Obsérvese que al menos los *guateques*, los *hinchas*, las *niñas Popoff*, *topolinos*¹ y los *machos* representan una rica contribución hispanoamericana.

¹ Eliminamos la misma anotación que aparece unas líneas antes, después de la voz *topolinos*: «(una topolino)». [Nota del editor]

Desconfiemos, pues, de la visión del turista. El turista anda por el mundo con la boca abierta y sólo ve u oye lo diferencial, lo extraño, lo insólito. En su propia tierra vive por lo común sin ver nada, impermeable a lo que pasa a su alrededor, y a su alrededor también pasan siempre cosas extraordinarias. Pero apenas sale por el mundo lleva su provisión de radar, unas largas antenas y un precioso aparato fotográfico o cinematográfico que lo registran todo. Y a veces percibe lo que nadie más que él ha podido notar. Un turista que estuvo en Caracas vio efectivamente en un escaparate: «Un jamón: 300 bolívares». Se marchó horrorizado de los precios, en lo cual no le faltaba razón. Pero *un jamón* significa una ganga, y lo que ofrecían por ese precio era una máquina de escribir.

6. *Visión del purista*

Si la visión del turista es inocente, pintoresca y hasta divertida, la del purista es más bien terrorífica. No ve por todas partes más que barbarismos, solecismos, idiotismos, galicismos, anglicismos y otros ismos malignos. El purista vive constantemente agazapado. Con vocación de cazador, sigue el habla del prójimo con espíritu regañón y sale de pronto armado de una

enorme palmeta o, peor aún, de cierto espíritu burlón con pretensiones de humorístico. Veamos su *modus operandi*.

En España (salvo en partes de Andalucía, Extremadura y Murcia) dicen *patata*, y en América *papa*; es preciso que los americanos nos amoldemos al uso español. Pero *papa* es voz indígena, del Imperio incaico, y los españoles al adoptarla, después de tenaz resistencia, la confundieron con la *batata*, también americana, que había penetrado antes, e hicieron *patata* (como los ingleses *potato*). ¿Debemos acompañarles en la confusión? Más justo sería que ellos corrigieran sus *patatas*. Pero Dios nos libre de tamaña pretensión. No parece mal que los españoles tengan sus *patatas* con tal que nosotros tengamos nuestras *papas*. ¿Puede una divergencia de este tipo poner en peligro la vida de una lengua? ¿No es signo de riqueza que en España alternen *habichuelas*, *judías* y *alubias*?

Parecido es el caso de los *cacahuates* mejicanos (de *cacáhuatl*). En España, por influencia de la terminación *-huete* de otras palabras (de *alcahuete*, por ejemplo), los convirtieron en *cacahuetes* (y aun en *cacahués* o *cacahueses*, *alcahués* o *alcahuetes*). ¿Quién tiene el derecho de corregir a quién? Pero no nos metamos a correctores, oficio antipático y peligroso, y dejemos

que cada uno satisfaga libremente su gusto, al menos en materia de *cacahuates*, *cacahuetes* o *maníes*.

Las palabras más expuestas a toda clase de deformaciones son los extranjerismos. Del francés *chauffeur*, Madrid hizo *chófer* (es también la forma de Puerto Rico, sin duda por una influencia adicional del inglés). En América preferimos en general el *chofer*, más fieles a la acentuación francesa. ¿No han querido enmendarnos la plana? La Academia, comprensiva al fin, ha acabado por autorizar las dos acentuaciones.

Cosa análoga ha pasado con *futbol* o *fútbol*, que de ambos modos puede y suele decirse (Mariano de Cavia, con intención casticista, acuñó hacia 1920 *balompié* —un calco del inglés con aire afrancesado—, admitido hace poco por la Academia en su 19ª edición). La Academia también terminó por aceptar la alternancia *pijama-piyama*, aunque con preferencia por la forma peninsular: en España, por la seducción de la grafía, son partidarios imperturbables del *pijama*; Hispanoamérica, más fiel a la pronunciación original (la voz ha llegado a través del francés o del inglés), prefiere decididamente el (o *la*) *piyama*. En cambio el academicismo está imponiendo, frente al respetuoso *restorán*, el falsificado *restaurant*. Sin duda, vencerá, pero no convencerá.

La comunicación y las nuevas formas de vida traen inevitablemente palabras nuevas. En Italia ha nacido el *appartamento*, de donde el francés *appartement* y el inglés *apartment*. ¿Cómo hay que llamarlo en español? Lo natural es *apartamento*, como al *département* francés, desde fines del XVIII, lo llamamos *departamento*. Pero aquí vienen los puristas. Corren al Diccionario de la Academia y no encuentran *apartamento*. Entonces sentencian: «No existe». Y como en seguida descubren *apartamiento*, exclaman: «¡Eureka! ¡Hay que decir *apartamiento*!». No ven, en su ceguera descubridora, que el *apartamiento* académico es otra cosa: la acción de apartarse, el lugar apartado, y, por extensión, también a veces una habitación recogida en una residencia o en el Palacio Real. En la Argentina y Méjico han optado por el *departamento*, en España por el *piso* o el *cuarto*, denominaciones evidentemente ambiguas, pero el purismo, en Venezuela, Méjico, Puerto Rico y otras partes, libró una heroica batalla favor de *apartamiento*. Y ahora la Academia, de nuevo comprensiva, acaba de aceptar el *apartamento*. ¡Ya existe!

Tienen carácter muy parecido dos aberraciones del purismo argentino: el *contralor* (con su *contralorear*) y el *refirmar*. En el siglo pasado penetró en el español,

y creo que en todas las lenguas de Europa, el *control* francés y su correspondiente *controlar*. Los puristas argentinos corrieron al Diccionario de la Academia y dijeron: «No existe». Y encontraron *contralor*. Entonces sentenciaron: «Hay que decir *contralor* y no *control*». Pero no vieron que el *contralor* académico era otra cosa, era el *controlador* (de *contrôleur*), un viejo funcionario adoptado por la Corte de Carlos V, encargado de la revisión de gastos y cuentas, especie de veedor, comisario o interventor. Hubo, efectivamente, *contralores*, en la Casa Real, en el ejército, en los hospitales. Y aunque en España han desaparecido casi por completo, de ahí viene que tengamos en varios países de América *contralores* generales de la Nación y *contralorías*. Pero los puristas argentinos se satisficieron con la forma y, menospreciando las pequeñeces del sentido, dijeron: «Encárguese usted del contralor de estas cuentas». Y de este extraño *contralor* sacaron un más extraño *contralorear*: «¡*Contralorear* sí, *controlar* no!». Ahora la Academia acaba de aceptar todos los *controles*, no sólo el francés, sino además el *auto-control*, de auténtica factura inglesa. Pero, ¿quién apea a la prensa purista de Buenos Aires de su *contralor*?

En 1925 la Academia no consignaba todavía el verbo *reafirmar*, volver a afirmar, reiterar una opinión

o una actitud, tan legítimo, tan bien formado, tan expresivo. Y sí tenía *refirmar*, que parece más bien «volver a firmar». El purismo argentino (hay que recordar que *La Nación*, por ejemplo, tenía especialistas encargados de «limpiar» la prosa) sigue hoy fiel al *refirmar*, y hasta es frecuente que las imprentas y periódicos de la Argentina le enmienden a uno la plana (conozco varios casos concretos) si se atreve a *reafirmar*.

7. *El purismo lingüístico*

Yo he revisado muchos textos de barbarismos y solecismos. En la mitad de los casos son ellos los disparatados. Los remedios que prescriben suelen ser peores que la enfermedad. Sus autores tienen de la lengua general un conocimiento limitado y provinciano, y la identifican con el diccionario. Dan la impresión de que el castellano está a cada paso a punto de expirar, pero que por fortuna ahí están ellos para salvarlo. Nunca les pasó por la imaginación que la Academia se fundó en 1713 —es decir, anteayer—, y que la grandeza del castellano es anterior a ella. Casi todas las palabras que desataron sus iras, o su afán redentor, han ganado al fin la consagración de la Academia, mucho más tolerante que los academicistas: *control*,

tráfico (equivalente de *tránsito*), *familiares* (para los puristas eran sólo los criados del Obispo), *apoteósico* (sólo admitían *apoteótico*), *meticuloso* (sólo era equivalente de *medroso*), *gira* (aun a Rufino José Cuervo le parecía «una empecatada idea» usarlo como equivalente de *ournée*), *lupa*, *autobús*, *arribista*, *planificar*, *detective*, *exilar*, *tener lugar* («La boda tendrá lugar el 20 del corriente») y hasta *explotar* por *estallar*. Los puristas quedan en ridículo ante cada nueva edición del Diccionario académico, que procura seguir la marcha constante de la lengua. Pero ellos no se arredran. Son recalcitrantes. Siguen fieles a la vieja edición, con la que adquirieron su sólida formación purista. En general saben poco de la vida de la lengua y de su rica y compleja historia. Y como saben poco, lo compensan con un inmenso dogmatismo.

Por lo común el purista convierte en norma universal el uso de Madrid. ¿Por qué va a ser mejor, por ejemplo, *la manita* de España que *la manito* de casi toda Hispanoamérica? Es verdad que otros derivados de *mano* (*manija*, *manecilla*, *manaza*) han adoptado analógicamente la terminación *a*. Pero *la manito* conserva con toda fidelidad la *o* de *la mano*, como *el diíta* mantiene la *a* de *el día*. La anomalía salva a veces a la lengua del rígido y rutinario juego analógico.

La visión del purismo es estrecha y falsa. No la tuvo la España de Cervantes, y sí la del siglo XVIII, más débil, más vulnerable a la influencia extranjera. ¡Si hasta el surgimiento de la Academia, y aun el del purismo, que inicia entonces su amplia trayectoria, representa una influencia francesa, empezando por la palabra *purista* (del francés *puriste*), que fue al principio sólo una designación burlona! El ideal del purismo se parece al de Procasto: acomodar la lengua a la medida del Diccionario. Si los puristas pudieran, mutilarían de la expresión todo lo que rebasa su edición académica. Son a su modo indios jíbaros, aficionados a reducir las lenguas de sus vecinos. Ya en el siglo XVIII el P. Feijoo exclamaba: «¡Pureza! ¡Antes se debería llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad!».

No todo es terrorífico, sin embargo, en la visión del purismo. A principios de siglo recomendaba un manual venezolano: «No digan: *Fulano es un sinvergüenza*. Digan: *Fulano es un inverecundo*». *Sinvergüenza* no figuraba todavía en el Diccionario de la Academia («no existía»). Hoy no se explica uno cómo se podía hablar en español sin esa palabra.

Por lo demás ¿qué quiere decir *pureza* castellana? El castellano es un latín evolucionado que adoptó elementos ibéricos, visigóticos, árabes, griegos, france-

ses, italianos, ingleses y hasta indígenas de América. ¿Cómo se puede hablar de pureza castellana, o en qué momento podemos fijar el castellano y pretender que toda nueva aportación constituye una impureza nociva? La llamada *pureza* es en última instancia una especie de proteccionismo aduanero, de chauvinismo lingüístico, limitado, mezquino y empobrecedor, como todo chauvinismo.

8. *Unidad y diversidad*

Nos hemos burlado de la concepción turística y consideramos falsa y dañina la visión del purismo. ¿No es hora ya de ensayar una visión filológica? Tenemos que plantearnos dos cuestiones fundamentales. Primera, si hay una unidad lingüística a la que pueda llamarse «español de América», o hay más bien una serie diferenciada de hablas nacionales o regionales. Segunda, si ese supuesto «español de América» es una modalidad armónica y coherente dentro del español general, o si presenta, por el contrario, una diferenciación estructural y unas tendencias centrífugas que le auguran una futura independencia.

Para abordar estas cuestiones voy a partir de dos perspectivas opuestas. La vieja Gramática general, del

siglo XVII, sostenía que cuanto más lenguas conoce uno, más llega a la convicción de que no hay sino una sola lengua: la lengua del hombre. La Gramática general postulaba una unidad fundamental entre las distintas lenguas del mundo, una comunidad de recursos expresivos esenciales, o de moldes esenciales, del lenguaje humano. Frente a ella la lingüística moderna ha sido más bien atomizadora, desintegradora. Esa unidad que se llama la lengua general, el español, el francés, el inglés, es una abstracción, una realidad inexistente. No se habla igual en Madrid, en Salamanca, en Santander, en Zaragoza, en Sevilla. Y dentro de la ciudad de Madrid no se habla igual en el barrio de Salamanca que en Chamberí o en Lavapiés. En una misma colectividad no hablan igual los campesinos, los obreros, los estudiantes, los médicos, los abogados, los profesores, los escritores. Y aun dentro de la clase trabajadora, no hablan igual los obreros textiles que los de la construcción. Las diferencias geográficas se entrecruzan con profundas diferencias sociales. No hablan igual dos familias distintas, y en una misma familia se diferencian el padre, la madre, los abuelos, los nietos y aun los hermanos. Cada persona tiene su propio dialecto o, con un término técnico, su «idiolecto». Digámoslo de modo más universal: «Cada pájaro tiene su canto».

9. Las regiones dialectales

Entre esos dos extremos, la abstracta unidad universal del lenguaje, o la abstracta unidad de la lengua española, y la concreta realidad del habla individual, tratemos de situar nuestro español de América. El gran maestro don Pedro Henríquez Ureña señalaba cinco regiones principales: 1. La antillana o del Caribe (Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, costa de Venezuela, costa atlántica de Colombia); 2. La mejicana (Méjico, América Central, Suroeste de los Estados Unidos); 3. La andina (Andes de Venezuela, meseta de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Noroeste de la Argentina); 4. La chilena (Norte, Centro y Sur de Chile); 5. La rioplatense (Argentina, Uruguay, Paraguay). Se basaba en la proximidad geográfica, los lazos políticos y culturales y el substrato indígena.

Esa construcción tiene sólo valor provisional y aproximativo, y de las cinco regiones la única que parece configurada lingüísticamente es la antillana (le agrego la costa del golfo de Méjico y de América Central), que coincide con lo que los antropólogos llaman hoy el área circuncaribe. El mismo Henríquez Ureña subdividía además sus cinco regiones: seis en Méjico y siete en América Central, etc. Por ese camino vamos

al infinito fraccionamiento, y tendríamos que distinguir, por ejemplo, la lengua de los *manitos* (así llaman a los nuevomejicanos, por el tratamiento de *manito* «hermanito» en el Norte de Méjico), la de los *ticos* (los costarricenses, por su afición a los diminutivos en *-tico*, como *hermanitico*), la de los *ches*, *cheses* o *cheyes* (así se llama a los argentinos, no sólo en Chile), etc. Y aun dentro de un mismo país habría que diferenciar, como, por ejemplo, en Venezuela, la lengua de los *paisas*, los *alas* o los *alitas* (los tachirenses), la de los *primos* (los del Zulia, por el tratamiento amistoso de *primo*) y hasta la de los *hijos der diablo* (los margariteños, por su afición al exclamativo eufemístico *¡hijo' er diablo!*). Pero ¿no sucede algo parecido entre las distintas regiones españolas, y aun entre las de Castilla? ¿Y no sucede algo parecido en cualquier comunidad lingüística? Nadie, sin embargo, ha puesto en duda hasta ahora la unidad del francés, del inglés, del italiano o del alemán.

10. *El fonetismo*

Más fructífera me parece la diferenciación, que también esbozó don Pedro Henríquez Ureña, entre tierras altas y tierras bajas. Yo las distingo, de manera

caricaturesca, por el régimen alimenticio: las tierras altas se comen las vocales, las tierras bajas se comen las consonantes. En Méjico se oye frecuentemente, aunque no de manera sistemática: *cafsito, pas' sté, exprimento, frasteros, fosfro*, etc.; en Quito *sí p's, no p's*; en La Paz *Pot' sí* (Potosí); en Bogotá *muchismas gracias*. En cambio, en las Antillas, costa y llanos de Venezuela y Colombia, litoral argentino, Uruguay, Paraguay y Chile, es general la relajación del consonantismo, en grado variable, según las regiones o los sectores sociales: aspiración y pérdida de *s* (*lojombre, lo fóforo, la jocho, pejcao*); pérdida de la *d* intervocálica, en mayor o menor medida (*no ha venío, una planchá, el deo*); articulación relajada de la *j*, convertida en gran parte de esta área en débil aspirada laríngea (*horhe* «Jorge», *hefe* «jefe»); pérdida de la *r* final (*voy a comé; sí señó*); en zonas extremas, confusión de *r* y *l* implosivas (*pueltorriqueño, izquielda; borsa, durse*; etc.). Los del Centro de Méjico saludan a los de Veracruz, en broma: «¡Arró con pecao!» (arroz con pescado). Un andino de Venezuela riñe con un caraqueño y lo remeda: «¿Me vaj a matá?». Los andinos dicen que los caraqueños se comen las *eses*. Sólo que lo piensan con *h* inicial y con *c*.

Es indudable que ese contraste tan radical entre tierras altas y tierras bajas no se debe a razones climatológicas. Las tierras bajas han sido colonizadas predominantemente por gentes de las tierras bajas de España, sobre todo de Andalucía, y tienen más bien impronta andaluza. Las tierras altas tienen más bien sello castellano, y su consonantismo tenso, a veces enfático, manifiesta la influencia de las lenguas indígenas: las grandes culturas americanas fueron culturas de las mesetas, y sus lenguas se caracterizaban precisamente por la riqueza del consonantismo implosivo.

Las diferencias llegan a su carácter extremo en ciertas regiones y en ciertas capas sociales. Se borran o se suavizan en los sectores cultos, que mantienen en general la integridad del vocalismo y aun del consonantismo. Si esas diferencias dan su carácter al habla regional, no afectan a la unidad del castellano general de América. El hablante de cualquier región hispánica que se desplaza por las otras regiones se siente en un primer momento desconcertado ante una serie de rasgos fonéticos diferenciales del habla popular, entre ellos la entonación y el *tempo*, y hasta dice: «No entiendo nada». Unos días de acomodación le demuestran que lo entiende todo.

II. Diversidad léxica

Más afectan a la unidad las diferencias del léxico, a veces espectaculares. El léxico es realmente fraccionador. Cada región tiene su vocabulario indígena propio, que le imprime su nota característica, y el prestigio y condición expansiva de las capitales puede dar a las voces un ámbito nacional y hasta internacional. El *zopilote* de Méjico se ha extendido por América Central, pero en el propio Méjico tiene también otros nombres: *zope* o *chope*, sin duda por reducción; *chombo*, en la región maya; *nopo* al Este de Veracruz, etcétera. Y aún más al cambiar de país: *zoncho* o *noneca* en Costa Rica, *zamura* en Venezuela, *aura tiñosa* o *aura* en Cuba, *chulo*, *galembo*, *chicora* o *gallinazo* en Colombia (no estoy seguro de que designen siempre la misma especie), *jote* en Chile, *urubú* o *irubú* en el Paraguay y parte del litoral rioplatense (a veces la nomenclatura indígena alterna con la hispanización, también diferenciadora). La misma fruta se llama *banana* en la Argentina (quizá de origen africano, a través del Brasil), *cambur* en Venezuela, *guineo* en unas partes, *plátano* en otras (en cambio el *plátano* de Puerto Rico y Venezuela es una subespecie que adquiere sus virtudes supremas cuando se ofrece asada, frita, o sancochada). En el Sur se llama *placar*

(del francés), a lo que en el norte se llama *clóset* (del inglés) y, efectivamente, hay regiones de Hispanoamérica que siguen fieles a la vieja influencia francesa, mientras otras parecen cada vez más permeables a la invasora terminología norteamericana. En unas partes se mantienen como viejas reliquias ciertas voces españolas (*pollera* en la Argentina); otras conservan denominaciones distintas (la *cota*, el *fustanzón*, el *fondo* en Venezuela). O bien cada región ha hecho evolucionar una serie de palabras en sentido divergente o ha relegado al olvido segmentos distintos del léxico tradicional. Y en cambio el proceso formativo de la lengua (el rico sistema de prefijos y sufijos) ha actuado, a veces desenfrenadamente, de modo heterogéneo y diferenciador; piénsese, por ejemplo, en la multiplicidad de verbos en *-ear*, algunos muy expresivos, como el *alacranear* (despellejar al prójimo) o el *balconear* (seguir las cosas como desde un balcón) de la Argentina, el *negrear* (dejar de invitar a alguien o descartarlo) de Venezuela, o el *ningunear* (menospreciar o anular a alguien) de Méjico.

Mayor trascendencia tiene la organización distinta que cada región da a su fondo patrimonial, de acuerdo con sus preferencias mentales, con lo que Guillermo de Humboldt llamó la forma interior del lenguaje. Amado Alonso ha estudiado desde ese punto de

vista las denominaciones de la vegetación en el habla gauchesca (*pasto, paja, cardo, yuyo*), y la investigación se puede extender a aspectos lexicográficos de todas partes: la rica terminología del alboroto o de la *limpieza* monetaria en Venezuela², la del machismo o de la muerte en Méjico. El léxico de cada región constituye un sistema coherente o cohesivo de afinidades y oposiciones, distinto del de otras regiones.

Aún más, la terminología varía a veces de pueblo en pueblo. El cuchillo romo se llama *infiel* en la provincia argentina de Córdoba, *moto* en la de Tucumán, *avudo* en la de Santiago del Estero, *desafilado* en la de San Luis (es el término más general en la Argentina), y en el noreste de esta misma provincia es *vil*. Los cordones de los zapatos se llaman en las distintas regiones de Méjico *agujetas, cintas, cabetes* y también *cordones*; en Venezuela, *trenzas* (también en algunas partes de la Argentina); en el Perú, *pasadores*. El campo de las valoraciones, por ejemplo, es complejo. Una palabra tan española como *lindo* tiene un ámbito expresivo muy vasto en la Argentina, y lo mismo puede decirse de *sabroso* o *bello* en Venezuela, de *chusco* en Bogotá, de *chulo* en Méjico.

² En el español de Venezuela, «estar limpio» es estar sin dinero. [Nota del editor]

¿No hay la misma variedad, o mayor, en España? Del albaricoque, por ejemplo, se han recogido, de Norte a Sur, treinta y un nombres distintos (entre ellos *albérchigo*, *albarillo*, *damasco*, *mayuelo*, *pesco* o *piesco*, y aun *tonto*). Del molesto cadillo, por lo menos doscientos veintiocho (desde *abrojos*, *cardos*, *erizos*, *mata-suegras*, hasta *novios*, *enamorados*, *amores*). De la vaina de las legumbres, unas ciento cuarenta (*vaina*, *jaruga*, *bagueta*, *cascabillo*, *casulla*, *gárgola*, *hollejo*, *calzón*, *frejones*, etc.). Del sapo, dieciocho (*escuerzo*, *rano*, *ponzoña*, *gusarapo*, *bufó*, etc.) y de la cucaracha quince (*cajarra*, *coriana*, *chopa*, *panarola*, etc.). De la simpática mariquita, doscientos cuarenta (*bichito de luz* o *mariposita de luz*, *abuelita*, *cochinilla*, *coca* o *coquita*, *maestrilla*, *pastorcita*, etc.). De la azada, ciento treinta y tres (*zuela* o *arzueta*, *legón* o *león*, *zacho*, *cavona*, *escardilla*, *garabato*, etc.). De la colcha, veintiocho (*cobertor* o *cobertera*, *cubrecama* o *sobrecama*, *tapadera*, *tendido*, *farapa*, *recel*, etc.). Para designar al bizco, sesenta y tres (*birolo*, *bisojo* o *biscojo*, *guiñao*, *mirola*, *malmira*, *miracielos*, etc.). Aun un verbo relativamente neutral como *empujar* da más de cincuenta variantes regionales (*arrempujar*, *ambutar*, *antuiar*, *emboticar*, *achuchar*, *empellar*, etc.).

Después de eso, ¿podemos asombrarnos de que la modernísima *cremallera* la llamemos también en

diversas partes de América *éclair*, *zipper* o *cierre relámpago*? La variedad —han venido a confirmarlo los modernos Atlas lingüísticos— es rasgo fundamental de la difusión del léxico en España, en Francia, en Italia, en toda lengua moderna.

12. *El seseo*

Siempre nos encontramos con el mismo hecho fundamental: todo lo que se da como elemento fraccionador del castellano en América lo es también del español de la Península. No hay un solo rasgo importante del español de América que no tenga su origen en España, que no sea prolongación de tendencias reales o virtuales del español peninsular. El estudio de las hablas peninsulares revela a cada paso que muchos de los argentinismos o mejicanismos que parecen más típicos, son viejas palabras o provincialismos españoles. El castellano general de América es una prolongación del que se hablaba en España en el siglo XVI —fundamentalmente el de Castilla y Andalucía, no tan diferenciadas entonces como hoy— y que tuvo su primera etapa de aclimatación, o de nivelación, en las Antillas, desde donde partió en gran parte la conquista y colonización del continente. Ya desde el siglo

XVI conserva hasta hoy un rasgo unificador: el seseo (con la misma *s* se pronuncia *sí*, *ciencia*, *corazón*), en que han venido a unificarse (la nivelación es en general empobrecedora) cuatro fonemas del español de 1500 (*mesa*, *passar*, *dezir*, *braço*). Es muy significativo que toda Hispanoamérica, aun las regiones colonizadas desde otros centros, como el Río de la Plata, aun las colonizadas tardíamente, presenten este rasgo unificador del seseo. Y me parece evidente que los islotes de ceceo (*zí*, *zeñó*) que se han ido descubriendo en el último tiempo son desarrollo moderno, por un descenso en el punto de articulación de la *s*, o un alargamiento de la estrechez entre lengua y dientes.

13. *El voseo*³

Hay unidad de origen y unidad de desarrollo. Me parece aún más significativo otro hecho: la pérdida de la

³ En la edición 1990, que tomamos como base para esta, se subtitula este apartado como: «El voseo y otros rasgos». Restituimos el subtítulo original de este apartado: «El voseo» y del siguiente: «El yeísmo», según la primera edición de 1962, por considerar que marcan con inequívoca precisión el tratamiento de estos temas en sus respectivos lugares. Quedan así señalados individualmente, junto con el apartado 12, dedicado a: «El seseo», los tres fenómenos generales característicos del español americano. [Nota del editor]

segunda persona del plural en todo el sistema verbal, y de las formas pronominales *vosotros, os, vuestro*. La lengua hablada no conoce el *vosotros tenéis*, ni el *os digo*, ni *vuestra escuela*, y en el habla escrita, en que ese uso es imitación peninsular —sobre todo en discursos o proclamas— se considera afectado. No es éste, como el seseo, un desarrollo temprano, del siglo XVI, sino más tardío, del XVII o del XVIII. Y eso quiere decir que un cambio producido cuando ya estaban constituidas las sociedades hispanoamericanas, ha podido extenderse por toda Hispanoamérica. Es decir, que en el siglo XVII y XVIII se produjo un activo proceso de nivelación hispanoamericana.

Yo creo que ese proceso nivelador, que se manifiesta desde la primera hora en La Española, no se ha interrumpido hasta hoy. Lo confirma otro hecho, igualmente revelador. De España vino el uso de *vos cantáis* o *vos cantás*, *vos tenéis* o *vos tenés* o *vos tenís*, *vos sois* o *vos sos*, al dirigirse a una sola persona. De España vino también la reacción contra él. Muchas regiones de América lo han conservado, sin embargo, pero en la lucha entre el *vos* y el *tú* se ha producido una unificación impresionante de los dos pronombres: *vos* ha triunfado sobre *tú* o *ti*, las formas tónicas del sujeto y caso terminal (*vos eras, a vos, para vos, con vos*); *te* ha

triunfado sobre *os* en todos los otros casos (*te quiere a vos, te da a vos, te quedás o te quedáis, calláte, sentáte,* etc.). Se han eliminado las formas *tú, ti, os*. ¿No es extraordinario que esta unificación, con formas de los dos pronombres, sea absolutamente igual en todas las regiones de voseo, desde Tabasco, Guerrero y Chiapas hasta el Río de la Plata y Chile, cuando el proceso es evidentemente posterior a 1600 y no se ha producido por intermedio de España (no se encuentra en ninguna región española), sino a través de las distintas regiones hispanoamericanas?

14. *El yeísmo*

En cambio, en el caso del yeísmo (*cabayo, caye,* etc.), la nivelación, en América como en España, está todavía en proceso. Se ha consumado en todo Méjico, las Antillas, América Central y Venezuela, pero se conserva la *ll* lateral en una zona más o menos coherente de América del Sur: Bogotá y parte de la meseta colombiana (Cundinamarca, casi todo Boyacá, parte de los Santanderes, de Nariño, del Cauca, del Huila, del Tolima); en las provincias meridionales de la Sierra ecuatoriana (Cañar, Azuay, Loja); en la Sierra del Perú y en las provincias de Camaná, Islay, Tacna, Moque-

gua, de la costa meridional; casi toda Bolivia (excepto por lo menos la provincia de Tarija); en el extremo sur de Chile (Chillán, por ejemplo) y al parecer también en el extremo norte; en todo el Paraguay y en las provincias periféricas de la Argentina (Corrientes, Misiones, este del Chaco; norte de San Juan, norte y oeste de la Rioja, oeste de Catamarca; norte de Jujuy). Como en España, el yeísmo es un fenómeno progresivo, que comienza en las grandes ciudades y no ha completado su ciclo, aunque ha triunfado en la mayor parte de Hispanoamérica.

15. Nivelación hispanoamericana

Ese proceso nivelador se percibe también en el léxico. Fuera de una serie de voces que se remontan al siglo XVI (*papa*, *cuadra*, etc.) hay otras más tardías, que se han extendido por toda Hispanoamérica, o por casi toda ella: *manejar* (el automóvil) frente al *conducir* de España; *apurarse* frente a *darse prisa*; *pararse* frente a *ponerse de pie*; *irse* frente a *marcharse*; *centavos* frente a *céntimos* (hoy en Venezuela un *centavo* son cinco *céntimos*, y el Uruguay tiene *centésimos*); *fósforos* frente a *cerillas* (Méjico tiene *cerillos*); *crema*, del francés, frente a *nata*, la voz tradicional (a veces alternan las

dos con diferenciación, y se reserva *nata* para la de la leche hervida); *liviano* frente a *ligero*; *medias* (también las del hombre) frente a *calcetines* (en Méjico se mantiene la distinción). Aunque es más difícil hablar en este terreno de una nivelación completa —el léxico es menos estable— no deja de ser impresionante la existencia de un conjunto de voces que diferencian el uso hispanoamericano general del español.

Puede afirmarse, pues, que junto a la diferenciación regional y hasta local, hay cierta tendencia a la unidad hispanoamericana. Esta unidad no es incompatible con la diversidad, que es el sino de la lengua. Si no hablan igual dos aldeas españolas situadas en las riberas opuestas de un río o en las dos vertientes de la misma montaña, ¿cómo podrían hablar igual veinte países separados por la inmensidad de sus cordilleras, ríos, selvas y desiertos? La diversidad regional es inevitable y no afecta a la unidad si se mantiene, como hasta ahora, la mutua comprensión. En cuatro siglos y medio de vida, el español hispanoamericano tiene, desde el Río Grande hasta Tierra del Fuego, una portentosa unidad, mayor que la que hay desde el norte al sur de la Península Ibérica. Esta unidad está dada, mucho más que por los rasgos peculiares del español hispanoamericano (seseo, pérdida de la persona *voso-*

tros, etcétera), por lo que el habla de Hispanoamérica tiene de común con el castellano general: la unidad (unidad, no identidad) del sistema fonemático, morfológico y sintáctico. Es decir, el vocalismo y el consonantismo, el funcionamiento del género y del número, las desinencias personales, temporales y modales del verbo, el sistema pronominal y adverbial, los moldes oracionales, el sistema preposicional, etc. Y aun el fondo constitutivo del léxico: las designaciones de parentesco, los nombres de las partes del cuerpo o de los animales y objetos más comunes, las fórmulas de la vida social, los numerales, etc. Al pan lo seguimos llamando pan, y al vino, vino. Por encima de ese fondo común, las divergencias son sólo pequeñas ondas en la superficie de un océano inmenso.

16. Fueros del habla familiar

Y aquí llegamos a la segunda cuestión fundamental. Hay una unidad de español americano porque ese español americano reposa en una comunidad de lengua española. Claro que esa comunidad es sobre todo la de la lengua culta, la de la conferencia o la clase universitaria, la del ensayo o el libro científico, la de la literatura, la de la poesía, y aun la de la prensa, si des-

cartamos cierto tipo de periodismo, que está cundiendo en todas partes, empeñado en halagar, o explotar, los sentimientos más vulgares, y con ellos, claro está, la vulgaridad expresiva. Por debajo de esa lengua culta común se desenvuelve la diversidad del habla campesina y popular, y también el habla familiar de los distintos sectores sociales.

El habla campesina y el habla popular de las distintas regiones de España y América tienen su dignidad en sí mismas, su propia razón de ser. También la tiene el habla familiar. Yo defiendo los fueros del habla familiar. Otros enarbolan la bandera de los derechos del hombre, o de la mujer. Yo levanto mi pequeña banderita en favor del habla familiar, víctima inocente del purismo. Los novios, los amigos, los hermanos, los esposos, tienen que hablar con espontaneidad y dar a las cosas sus nombres familiares. A mí no me parece mal que los argentinos se traten de *vos* en la relación cordial (en cambio me parece muy mal que eso se considere «mancha del lenguaje argentino», «sucio mal», «ignominiosa fealdad», «negra cosa», «viruela del idioma» o se califique de ruin, calamitoso, horrendo). Tampoco me escandaliza que llamen *pollera* a la falda, como los personajes de Lope de Vega y Tirso, o que al venezolano ciertas cosas le den *pena* (lo que me parecería mal

sería la desvergüenza), y ni siquiera que llame *ponchera* a la palangana o aljofaina. Si la llamara *aljofaina* es posible que le entendieran los puristas, pero no la criada o su mujer, cosa que sin duda le importaría más.

El habla familiar tiene sus propios fueros. No puede ser incolora, inodora e insípida. Tiene que ser rica, emotiva, evocativa, familiar. Le cambian el sabor al sancocho si nos obligan a llamarlo salcocho. Lo cual no quiere decir que el habla familiar ande a la buena de Dios. Sus dos peligros son la vulgaridad y la afectación, y está regulada también, hasta cierto punto, por la obra educadora de la escuela y de la cultura general. Pero los que han visto el peligro de fraccionamiento del español de América, o su divorcio frente al español de la Península, es porque sólo se han detenido en los umbrales del habla popular o familiar, y a veces en los del habla suburbana o rústica.

17. Unidad hispanoamericana

Frente a la diversidad inevitable del habla popular y familiar, el habla culta de Hispanoamérica presenta una asombrosa unidad con la de España, una unidad sin duda mayor que la del inglés de los Estados Unidos o el portugués del Brasil con respecto a la antigua

metrópoli: unidad de estructura gramatical, unidad de medios expresivos. Y en la medida en que la lengua es —según la fórmula de Guillermo de Humboldt— el órgano generador del pensamiento, hay que admitir también una unidad de mundo interior, una profunda comunidad espiritual. Si el hombre está formado o conformado por la lengua, si la lengua es la sangre del espíritu, si el espíritu está amueblado con los nombres infinitos del mundo, y esos nombres están organizados en sistema —es decir, implican una concepción general, una filosofía—, hay que admitir no sólo una unidad de lengua hispánica, sino una unidad sustancial de modos de ser. ¿No es esto lo que Ortega y Gasset llamaba repertorio común de *lo consabido*? La unidad social —decía—, por encima de las fronteras políticas, la da el conjunto de cosas consabidas, el tesoro común de formas de vida pasadas que forman la inexorable estructura del hombre hispánico.

Yo me inclino a creer que esa unidad es mayor hoy que en 1810, cuando grandes porciones del continente vivían apartadas hasta de sus propias capitales. Pienso ahora en tres escritores representativos: Alfonso Reyes, Mariano Picón-Salas, Jorge Luis Borges. Claro que los personajes de *Doña Bárbara* o de *Don Segundo Sombra* o de *Pedro Páramo* usan expresiones

incomprensibles para el lector general. Pero también las usan los personajes de Cervantes o de Quevedo, sin mencionar los del rico costumbrismo español.

Es verdad que la prosa de Alfonso Reyes tiene algunos mejicanismos. Pero también la de Ortega y Gasset tiene madrileñismos. Las dos proclaman la unidad de una lengua culta que es —digámoslo con términos de Andrés Bello— medio providencial de comunicación y vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.

18. Unidad o fraccionamiento

Hay, claro está, posibilidades de reforzar ese vínculo de fraternidad. Pienso en un aspecto del habla culta que hoy debe preocuparnos a todos, por su excepcional importancia: el vocabulario técnico. ¿Puede quedar a merced de los traductores improvisados en cada país, cada uno con su propio criterio? Ya Julio Casares se detuvo en la *self acting machine* del inglés, convertida en la *selfatina*. ¿No conviene una regulación internacional? Creo que algo están haciendo ya en ese sentido los organismos técnicos competentes. La unidad de la lengua culta, no una unidad mecánica, rígida, inmóvil, sino una unidad flexible y dinámica, en

la que tenga amplia cabida la capacidad creativa del hombre, una unidad móvil, siempre inquieta, debe ser obra común de la cultura.

Ahora bien, si el habla popular de Hispanoamérica tiende a diferenciarse cada vez más y el habla culta se mantiene en el nivel hispánico general, ¿no llegará el momento en que se produzca el tan temido divorcio, como el que se produjo entre el latín culto y el romance hablado? Hay voces agoreras que lo pronostican de vez en cuando, y la visión apocalíptica, del español, de Europa, de toda nuestra cultura, de todo nuestro mundo espiritual y material, está siempre presente, como telón de fondo de todo el acontecer humano. ¿Quién puede augurar la grandeza eterna de una lengua o de una cultura? La desintegración no parece, sin embargo, fenómeno inevitable en determinado período histórico. Los indoeuropeístas —Meillet, Kretschmer— han estudiado la evolución de los dialectos griegos y observado en ellos más bien una tendencia convergente. La *koiné* griega representó una nivelación creada por la cultura, y duró mucho más que las unidades políticas que la sustentaban. La lengua es compañera del Imperio —es la fórmula feliz de Nebrija—, pero también hay un Imperio de la cultura, que quisiéramos ver cada vez más poderoso.

En el Congreso de Academias de 1956 volvió a plantearse el problema de la unidad o del fraccionamiento. Don Ramón Menéndez Pidal, el maestro insigne de todos nosotros, sostenía que la corrección del seseo, del yeísmo y de otros rasgos americanos es fácil si se acomete desde la infancia. Y ante el progreso de los nuevos medios de comunicación (radio, cine, televisión, magnetofonía, etc.), predecía:

La pronunciación de un idioma se formará mañana con acento universal. La palabra radiodifundida pesará sobre el habla local de cada región: las variedades dialectales se extinguirán por completo.

¿No hay ahí un aliento utópico? Yo no puedo creer en un «acento universal» o en la extinción de las variedades dialectales. Ni me parece necesario, ni deseable. Las variedades dialectales son inherentes a la existencia misma de la lengua común, y no la ponen en peligro mientras ella tenga cohesión, vida cultural, poder irradiador. En el mismo Congreso la voz de Dámaso Alonso fue en cambio más bien pesimista:

La lengua está en peligro; nuestro idioma común está en un peligro pavorosamente próximo... La misión aca-

démica es evitar que dentro de pocas generaciones los hispano hablantes no se puedan entender los unos a los otros, impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos.

Si efectivamente el peligro es tan pavorosamente próximo, el salvarla parece tarea algo desmesurada para la Academia Española. Dámaso Alonso, el gran intérprete de las voces poéticas más altas de nuestra lengua, aún continuaba:

La fonética del mundo hispánico está cuarteada... Un siglo de profundas agitaciones pueden convertir las quiebras en abismos insalvables.

El problema que plantea es grave: «Que no se nos hunda la casa». Pero él mismo estudiaba, en 1950, con Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada, el habla de la zona granadina, sobre todo de la capital, en hablantes cultos, algunos de ellos licenciados en Filosofía y Letras. Y decía, en términos muy parecidos:

La fonética castellana aparece totalmente cambiada, gravemente amenazada en muchos casos: labiodentales profusas (algunas con notorio rehilamiento), palatales no

africadas, extraordinaria nasalización, aspiración de variados matices, seseo, ceceo, etc.

Y en el vocalismo encontraba ocho fonemas claramente diferenciados (dos tipos de *e*, de *o*, de *a*); es decir, estaba socavada la estabilidad del pentágono vocálico del español, que se ha considerado siempre factor fundamental de la estabilidad de nuestra lengua. ¿Tendremos que concluir que están naciendo nuevas lenguas, entre ellas el granadino, con vastas perspectivas dentro del mundo lingüístico?

Otra región de Andalucía, también estudiada por Dámaso Alonso (*En la Andalucía de la e*), y luego por Manuel Alvar, la de Puente Genil, Lucena, Estepa, Casariche, La Roda, Alameda, Palencia, en los confines de las provincias de Sevilla, Málaga y Córdoba, presenta una serie espectacular de cambios, entre ellos la *-a* final en *-e* en ciertas circunstancias fonéticas. Una señora dice: «Mi marío ha ío a trabajé ar cané» (a trabajar al canal). Y pueden oírse diálogos como el siguiente (téngase en cuenta que la *h* se pronuncia aspirada):

—¿Qué té ehtá uhté? (qué tal está usted).

—Igüé, iho, o mé mé (igual, hijo, o más mal).

Es evidente que un estudio a fondo de las hablas regionales de España e Hispanoamérica desentrañaría hechos análogos en otras partes. ¿No los ha desentrañado también en las diversas regiones del francés, el inglés, el alemán, el ruso? Estaríamos, pues, ante un peligro universal de desintegración lingüística.

No parece ése, sin embargo, el signo de nuestro tiempo. El signo de nuestro tiempo parece más bien el universalismo. El destino de la lengua responde —salvo contingencias catastróficas— al ideal de sus hablantes. Y el ideal de los hablantes oscila entre dos fuerzas antagónicas: el espíritu de campanario y el espíritu de universalidad. El espíritu de campanario —los campanarios son a veces diminutos, otras algo más grandes— lleva a convertir lo propio, lo que se cree peculiarmente propio, en norma superior. Su proyección al terreno lingüístico sería, no una lengua argentina, sino dos o tres lenguas argentinas (el habla gauchesca está más cerca de Cuba que del norte argentino). Y en Venezuela, no una lengua venezolana, sino dos por lo menos. Es decir, que tendríamos, no veinte lenguas neoespañolas, sino cuarenta o cincuenta. No parece ése el ideal de ningún hispanohablante, que tiene el privilegio de formar parte de una comu-

nidad lingüística de más de doscientos millones de hablantes, que es, desde el punto de vista numérico, la cuarta del mundo, después del chino, el inglés y el ruso (con criterio estrictamente lingüístico, contando solo los hablantes de lengua materna, sería la tercera). Y que quizá será una de las primeras, por el desarrollo vertiginoso de las repúblicas hispanoamericanas (se ha calculado para Hispanoamérica una población potencial de 1.200 millones de habitantes dentro de un mundo de 8.000 millones). Me parece que el ideal general es la universalidad hispánica. Y esa universalidad —vuelvo a insistir— no puede basarse en el habla popular y familiar, diferenciada por naturaleza, sino en la lengua culta, que se eleva por encima de todas las variedades locales, regionales o sociales y es el denominador común de todos los hablantes de origen español.

19. Los amos de la lengua

¿Y no existe el peligro de que se rompa esa unidad de nuestra lengua culta? ¿No necesita el castellano de los dos continentes una especie de gobierno superior que lo armonice y unifique? Y, en caso afirmativo, ¿a quién correspondería ese gobierno superior?

Clarín lanzó un principio, que levantó violentas resistencias: «Los españoles somos los amos de la lengua». Ya Puigblanch lo había enunciado hace más de un siglo del modo siguiente:

Los españoles americanos, si dan todo el valor que darse debe a la uniformidad del lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dio el ser y el nombre.

Rufino José Cuervo adoptó este principio como lema de sus *Apuntaciones críticas*, aunque luego formuló una restricción: «El sacrificio debe ser común. Cuando los españoles se aparten del buen uso, los llamaremos al orden». La fórmula de Clarín andaba rondando todavía cuando se planteó, hace unos cuarenta años, como norma de la cultura hispanoamericana, «el meridiano de Madrid». Don Ramón Menéndez Pidal rechaza los términos de Clarín y exclama:

¡Qué vamos a ser los amos! Seremos los servidores más adictos de ese idioma que a nosotros y a los otros señorea por igual, y espera, de cada uno por igual, acrecimiento de señorío.

Los servidores más adictos, en lugar de los amos, ¿no implica de todos modos una preeminencia? Todavía la admitía Gabriela Mistral, según cuenta Victoria Ocampo:

Protesto ante ella, todavía y siempre, de lo espinoso que resulta para nosotros, hispanoamericanos, el manejo del español. Le digo que cuando hablamos con españoles, éstos parecen considerar que abusamos de su idioma y de su paciencia en cuanto abrimos la boca, que somos una raza intolerable de intrusos, de malhechores gramaticales ¿qué se yo? Ella me contesta: «Un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada». Pero ¿qué quieren ellos que hagamos? Mucho de lo español ya no sirve en este mundo de gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastadas con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar posesión del sobrehaz de la Tierra Nueva. La empresa de inventar será grotesca; la de repetir *de pe a pa* lo que vino en las carabelas lo es también. Algún día yo he de responder a mi colega sobre el conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel en el coloniaje verbal.

20. *La lengua, patrimonio común*

Esa idea de que el español nos cedió el idioma, pero sigue reteniendo el cabo con la mano más experta, ¿será admisible? El español que nos cedió el idioma no es, desde luego, el actual. De los españoles del siglo XVI —el argumento lo recojo de Amado Alonso—, una parte se quedó en España, la otra pasó a América. Es indudable que los españoles que nos cedieron el idioma son los que pasaron a América. ¿Acaso los conquistadores y sus hijos y descendientes tienen menos derecho que los del solar nativo a considerar propia su lengua? Evidentemente los hispanoamericanos somos tan amos de la lengua como los españoles. Me cuentan que una vez le preguntaron a don Federico de Onís cuál era el mejor escritor hispanoamericano, y contestó sin vacilar: «Miguel de Cervantes». Efectivamente, toda la literatura española es patrimonio nuestro, patrimonio común de nuestra lengua común, y ojalá pudiéramos darle a esta lengua común obras parangonables a las de Miguel de Cervantes.

A Victoria Ocampo le sublevaba el «colonialismo verbal», y éste es sin duda un punto sensible de todo nuestro mundo hispanoamericano. Hoy no se pueden plantear los problemas culturales o lingüísticos

sobre bases de hegemonía o de subordinación. Hispanoamérica es muy celosa de su independencia espiritual. Doscientos millones de hispanoamericanos no admitirán jamás que puedan depender de treinta millones de españoles, y menos aún de un grupo de académicos, por más esclarecidos que sean. Amado Alonso, que veía el surgimiento de grandes empresas editoriales en Méjico y Buenos Aires —el libro es agente vivo de la lengua—, creía que nuestras dos grandes capitales empezaban a intervenir en los destinos generales del español. Y veía en ello el comienzo de una etapa nueva.

21. Lengua y cultura

La lengua escrita es, efectivamente, la norma del habla general. Pero hoy el problema parece más complejo. Estamos presenciando, en toda Hispanoamérica, el ascenso vertiginoso de las capas inferiores de la población, que irrumpen animadas legítimamente por apetencias nuevas. Y aún más, amplios sectores, tradicionalmente sedentarios, abandonan las tierras y se asientan en la periferia de las grandes ciudades. ¿No hay ahí un peligro inminente de ruptura de nuestras viejas normas, de relajamiento del ideal expresivo? El

peligro es real, pero eso quiere decir que la cultura tiene hoy imperativos más perentorios, más dramáticos. La unidad de la lengua española sólo puede ser obra de la cultura común. Y entiendo por cultura común, más que la adoración del tesoro acumulado por los siglos, la acción viva, permanentemente creadora, de la ciencia, el pensamiento, las letras. La República del castellano está gobernada, no por los más, sino por los mejores escritores y pensadores de la lengua. Y en esta empresa de gobierno superior cabe una emulación siempre fecunda. Pueden participar y competir en ella, sin restricciones ni favoritismos, todos los países de lengua española.

